¿QUÉ ES LA POESÍA?

García Maffla, Jaime, 1944-
¿Qué es la poesía?. / Jaime García Maffla; prólogo por Vicente Durán Casas, S.J. — 1a ed. — Bogotá: CEJA, 2001.
80 p.

ISBN: 958-683-344-5

1. POÉTICA 2. FILOSOFÍA Y POESÍA I. Durán Casas, Vicente, S.J., 1957- / Prol. II. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Filosofía III. Pontificia Universidad Javeriana. Centro Editorial Javeriano. CEJA.

CDD 801 ed. 19

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana.
Biblioteca General

Diseño de cubierta: Miguel Fernando Serna Jurado

Prohibida la reproducción total o parcial de este material,
sin autorización por escrito de la Pontificia Universidad Javeriana

¿QUÉ ES LA POESÍA?

JAIME GARCÍA MAFFLA

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Filosofía

Reservados todos los derechos
©Pontificia Universidad Javeriana
©Jaime García Maffla
Centro Editorial Javeriano, CEJA
Carrera 7 No.40-62 primer piso
Bogotá

Directora:
Selma Marken Farley
Centro Editorial Javeriano

Coordinación editorial:
Juan Felipe Córdoba Restrepo

Autoedición:
Martha Rocío Morales Romero - F.G.

Primera edición febrero de 2001
Número de ejemplares: 300
ISBN: 958-683-344-5
Impresión y fotomecánica: Javegraf

Para: *Enrique Gaitán Dávila, S.J.*
Manuel Dominguez Miranda
Vicente Durán Casas, S.J.
Gerardo Remolina Vargas, S.J.
Jairo Bernal Parra, S.J.

CONTENIDO

Presentación 9

CAPÍTULO 1 16

CAPÍTULO 2 19

CAPÍTULO 3 27

CAPÍTULO 4 32

CAPÍTULO 5 36

CAPÍTULO 6 45

CAPÍTULO 7 52

CAPÍTULO 8 61

CAPÍTULO 9 70

CAPÍTULO 10 77

Presentación

La pregunta por la poesía

Tuve el gusto de tener a Jaime García Maffla como maestro en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana hace ya como veinte años. El curso que nos daba llevaba por título "Pensamiento Poético Moderno", y era una de esas asignaturas electivas que los estudiantes de la carrera de filosofía elegíamos libremente, por puro gusto, y porque nos permitía descubrir, en medio del asombro, que la poesía tenía que ver con la filosofía mucho más de lo que uno podía llegarse a imaginar: podía ser vista como otra manera de acercarse a los grandes problemas que han ocupado el pensamiento humano.

Las palabras de nuestro profesor sonaban entonces como una especie de revelación cuando leía y comentaba poesía moderna, romántica y expresionista. Con la ayuda y la guía de Jaime descubrí, tanto en los salones de clase como en las cafeterías, que la poesía también puede ser leída y meditada en la misma forma como se leen los mejores textos filosóficos, es decir, como una manera de acercarse a las mismas grandes preguntas de todos los tiempos. Jaime me enseñó entonces a leer a grandes poetas, entre otros a William Wordsworth, Heinrich von Kleist, Friedrich Hölderlin y Rainer Maria Rilke, y nos ayudó también a descubrir en ellos a grandes pensadores. Igualmente, con él pude comprender un poco mejor por qué las profundas preocupaciones estéticas de Heidegger no eran tan ajenas a sus más juiciosas indagaciones fenomenológicas y existenciales.

Recuerdo una anécdota: Jaime se sorprendió al saber que yo disfrutaba mucho con la lectura de Stendhal, quien por aquél

entonces –y gracias a las buenas influencias de nuestro común amigo Pedro Gómez Valderrama– era mi autor de cabecera. Jaime se empeñó, cosa que en ese momento no entendí suficientemente, en que el examen final de su curso, que debía ser oral, dado que lo más importante para él era esa relación personal entre profesor y estudiante, versara sobre el autor que a mí, y no a él, más me dijera, me llegara o simplemente me gustara leer. Recuerdo que conversamos alegres y entusiasmados sobre la facilidad con la que escribía el autor de la Cartuja de Parma, y también acerca de cómo era de difícil, al leer a Hölderlin, diferenciar entre poesía y filosofía. Algunos años después, cuando tuve de profesor a Dieter Henrich en la Universidad de Munich, no me sorprendí al escuchar que los himnos de Hölderlin, los cuartetos de Beethoven y las especulaciones de Hegel expresaban, aunque en modos diferentes, una misma preocupación por todos ellos compartida: la realidad de la libertad dentro de un sistema racional. Ese era uno de los aspectos del pensamiento poético moderno que Jaime me había enseñado a distinguir y valorar. Hoy no dudo en afirmar que fue uno de mis mejores maestros: hizo que me planteara preguntas que, por muchas razones que no es del caso enumerar, valía la pena no seguir evadiendo.

Y es que hay preguntas que ninguna persona que haya desarrollado suficientemente su inteligencia o su sensibilidad logra evadir por mucho tiempo. Formúlense o no, allí estarán siempre, esperando, acosando hasta que alguien se atreva a dar el paso. Son preguntas atrevidas y pretensiosas a las que –oh paradoja– razonablemente sólo cabe ofrecer respuestas humildes y modestas. Desde que Platón comenzó a formularlas quizás por primera vez, todos los intentos por responderlas, en medio de sus enormes diferencias, se parecen un poco

entre sí: van acompañados, cuando realmente vale la pena tomarlas en serio, de humildad, reverencia y respeto. Sólo así cabe interrogarse cosas como ¿Qué es el Bien? ¿En qué consiste la Justicia? ¿Cómo es Dios? ¿Qué es la Poesía?

En el caso de Jaime García Maffla podemos decir que su indagar inquieto e imperiosamente inconforme en torno a la verdad de la poesía ha estado vinculado, desde siempre, al acto mismo de su propia creación poética. La exploración de Jaime acerca de la poesía surge desde sus propias entrañas de poeta. Es una pregunta que le duele. A pesar de su formación filosófica, es claro que nos hallamos ante un poeta. Y digo "a pesar de", porque Jaime no sólo conoce bien la seriedad y el alcance de las preguntas de los filósofos, sino que incluso ha logrado sobrevivir a ellas. Por eso intenta responderlas con lenguaje poético, es decir, escribiendo como sólo un poeta puede expresarse. *¿Qué es la poesía?* no es sino una de esas preguntas filosóficas de evidente origen platónico que Jaime se propone responder a la manera como los primeros cristianos solían responder a los grandes interrogantes de la existencia humana: No con discursos en tercera persona, sino con el testimonio de la propia experiencia.

Y la verdad es que lo ha logrado, pues si algo puede uno concluir de la lectura de este libro es que sólo el lenguaje poético puede revelarnos lo que es la poesía, de la misma forma como sólo el que ora puede llegar a disfrutar del silencio de Dios. Por eso, insisto, las respuestas de Jaime a la pregunta *¿Qué es la poesía?*, no son discursos filosóficos, son algo que me atrevo a llamar canciones filosóficas.

Me explico. Mientras que los filósofos más severos y disciplinados se interrogan acerca del origen de la poesía, su esen-

cia, sus pretensiones y sus referencias, y mientras examinan y analizan rigurosamente argumentos propios y ajenos, descubriendo y desmembrando complejas estructuras discursivas, Jaime se pregunta y en su respuesta es posible descubrir una canción:

> "¿ (...) De qué región nos llega la poesía y a qué región nos lleva? Está el espejo de los versos para intuir su cifra, y están las fuerzas mágicas de las palabras para seguir su signo... es la experiencia poética prisma único del sueño... la poesía nos enseña o muestra aquello que, despojados de todo lo exterior, vive a solas en eso que hemos llamado alma... Saben los hombres que los poemas, los rezos y las fórmulas rituales están ahí, no al alcance de sus manos sino salidas de sus manos, y que fueron creadas como camino de unión entre lo que está delante de sus ojos y lo que no le es dado ver... Un poema va de las palabras al silencio, como una oración va del silencio a las palabras. El poeta habla solo, pero ya habla con Dios al hablar con su alma ... Sabemos que la poesía existe, como algo que finalmente no sabemos lo que es, sólo que al rozarla sabemos de nosotros... La poesía es la misma alma del hombre, que está hecha a la vez de harmonía y disidencia con el mundo (...)"

Durante muchos años, en sus clases y en sus conversaciones con estudiantes y colegas, Jaime ha venido gestando, con paciencia y consagración, el revelador contenido de este pequeño libro. Lo ha discutido juiciosamente con sus alumnos, a

los que ha logrado seducir hasta el punto de convertirlos en amigos entrañables. Y lo ha legitimado con su reconocida y aplaudida pluma de poeta consagrado. Jaime nos entrega hoy un poco de sí mismo al entregarnos sus meditaciones sobre la poesía.

Vicente Durán Casas, S.J.
Decano Académico
Facultad de Filosofía
Pontificia Universidad Javeriana
Diciembre de 2000

Las presentes páginas quieren ser sólo una aproximación a la existencia de la poesía, a su materia a la vez inasible e indecible. La poesía existe como noción abstracta, pero también como un momento del espíritu y del sentimiento, como un fragmento de la realidad y una peculiar figura de las palabras que se llama el poema.

Una zona de la realidad a la que vamos en compañía y en explicación del destino, como en penetración profunda de las cosas del mundo, de nuestro alentar único y a solas, así como de nuestro sueño, del sentido de nuestros actos o de nuestra navegación sobre la superficie siempre desconocida de la vida. Diremos que está a la vez en la emoción y en la visión.

Su pregunta es antigua como el canto, y en su respuesta se ha dado con la poetización misma. A la poesía responde lo poético, y a lo poético responde el poema. También existe la noción paralela de la experiencia poética, dentro de lo inefable, lo sin habla, dentro de aquello que no llega al decir pero que lanza a la imaginación hacia lo ilímite.

¿En dónde habita la poesía, de qué manera lo hace en las palabras? por el poema entramos en contacto con un modo distinto de ser del lenguaje: nos dice otras cosas y nos remite a regiones distintas. Vienen sus palabras de un lugar no situado en el tiempo de los relojes y van a algún paraje de lo eterno, por lo que, a diferencia de la conversación, no las usamos sino que nos hacemos unos con su ser. Entonces estamos en contacto con la trascendencia, y también de otro modo con lo real más próximo.

¿De qué región nos llega la poesía y a qué región nos lleva? Está el espejo de los versos para intuir su cifra, y están las fuerzas mágicas de las palabras para seguir su signo. Todo, no obstante, entre el misterio y la sacralidad que urden lo habitual; todo tocado por una transparencia a la que sólo alcanza la sensibilidad.

Capítulo 1

¿Qué es la poesía?¿Cómo y cuándo el lenguaje del habla cotidiana se convierte en poético?¿Por cuáles leyes una cierta organización de palabras llega a ser el poema? Preguntamos, en fin: ¿de qué manera vive la poesía, y dónde está la cifra de su misterio? Todo parece ilustración del afán del arquero que no acierta en el blanco.

Desde la antigüedad, el pensamiento se ha ocupado de la existencia de la poesía; ha preguntado por su ser y por su manera de ser, su presencia y existencia, su materia y secreto, su gravitación y su ausencia, su aliento y su hálito. Los hombres saben que algo hay llamado poesía, que los poemas están delante de los ojos, y tienen una vaga noción de lo poético. Están también la visión y el cercado de los sentimientos, están la evocación, el anhelo y la intuición...

Pero, por su naturaleza, definir la poesía resulta imposible; tan sólo se puede indicar y rodear el fenómeno, acaso recrearlo, como el arquero se llega más lejos o más cerca de él, y tal vez sus palabras más callan que dicen. Así, la forma verbal "es" adquiere un carácter descriptivo. Entonces ya no se la define sino se la señala, se muestra su existencia y se invoca su luz.

Dejamos consignado en el pórtico de esta meditación que la poesía está en relación con tres instancias primigenias humanas: el canto, el rito y la oración. Lo poético toca las más profundas zonas del existir del hombre, su conciencia, su empresa, su razón y su impulso a la vez trascendentes e inmanentes, al lado de lo cual es posible entrever lo que no es visible, le hace ser lo que esencialmente es y al crearse lo crea. Pero ha

de quedar como última instancia, como el punto cimal al cual conduce todo: el poema.

El poema es a la vez un haz de palabras unidas por las curvas musicales del lenguaje, que a su vez es la actitud interior del poeta y se hace visión, por lo que la poesía desciende hasta ese haz en transfiguración del mundo. Y lo poético es nuestra relación con la poesía, en la anécdota de nuestra vida y en las líneas interiores de las presencias próximas. La poesía es nuestra alma que anda a solas por las sendas del tiempo, es un fluir de nuestra inconsciencia en el ir de la vida hacia la muerte, un ir nostálgico y necesitado que las palabras nombran, y al hacerlo señalan una región sagrada y trascendente: la poesía es como el azul y como la caída de las hojas en otoño, esto es como la ensoñación y la añoranza en la mente del poeta que la sabe una de las más altas señales de la verdad del mundo.

Y en la palabra poética hay una equivalencia con la armonía del mundo, ésta está en sus leyes y hacia allí lleva al alma de los hombres, que acuden al poema como sendero para alcanzar una realidad última que dibuje sus vidas, para certificarlas e iluminarlas. Poesía y verdad vital se unen, como poetizar y libertad interior; la poesía es quimera tras de cuyo cristal transfiguramos el hacer cotidiano, situándolo en lo auténtico, depurándolo y elevándolo. Este situarlo es una relación con el más amplio trazado de una tela que reproduce la escena del mundo, y en la que está fijado cada quien. Poesía y verdad espiritual llegan a confundirse, como hacer poesía y dar un cauce secreto al destino. ¿Qué llega a ser entonces nuestra alma en su contacto con la poesía?

Y no se puede definir la poesía, sino sólo cercarla y señalarla, ir hacia ella en la contemplación o hacerla una con nuestra

mirada, ir hacia su materia hecha de emoción y de visión. Pero decimos *es* por lo que lleva o trae hasta nosotros, por lo que es a nuestro corazón, lo que es en nosotros y lo que hace, su vuelo y su actuación, su acción y hálito en nuestro espíritu. Son las palabras del poema en nuestra ensoñación, como en la hora de evocar otras regiones y otros seres, otras formas y modos de la vida, aunque también su comprensión más alta por vías de la intuición y del pensamiento poético. Son las palabras del poema en el lenguaje mismo, ahora hecho letánico. Preguntamos qué es la poesía y también preguntamos qué es lo que somos, qué existe en nosotros y por qué se han dibujado de una cierta forma las líneas del destino que nos lleva a la muerte. Es nuestro ir con otros en la vida, hacer en intensidad los días, y nuestro ser profundo, a solas con la percepción pura de ser, como nuestro habitar en el instante convertido por ella en transparencia.

Capítulo 2

Pero con éste, también ha de hablarse del sueño como de la soberanía de lo interior, o de lo interior en libertad, al que le es dado asociar las regiones más discímiles de lo real y dar nuevas figuras a las cosas inmediatas. Luego está la visión.

El sueño y la visión transmutan y quintaesencian, ven y crean, hacen al objeto mirado y a los ojos que han de abrazarlo. Y están la evocación y el deseo, sí, el ensueño y el presagio, pero se concluye que la serenidad de la lengua poética es espejo de una armonía más alta.

Para llegar a la poesía transitamos por un bosque de signos, de llamados y encuentros, de ecos y de sombras, de percepciones imprecisas y de una antigüedad que se hace futura. Somos antiguos. Signos de lo invisible, ecos de amadas voces por las cuales lo extraño se hace comprensible, y sombras de seres próximos.

En el principio hablamos de las palabras, del canto, de la oración, del rito y del poema, viendo en la poesía a la vez una dimensión y un ser que acompaña a los seres. Es una esencia que los hace al contemplar su destino, una cualidad que los define como espiritualización y un ser que los acompaña y les muestra el camino. Sólo que en la exposición del tema de la poesía no puede haber una sucesión de motivos, según sus estancias (la poesía, lo poético, la experiencia poética, el poema...), sino, al contrario, una superposición, un decir al unísono de lo que es y de lo que no es, de lo que muestra y lo que no, así como de las figuras inmediatas o etéreas del alma o de la vida.

Existe la poesía como región del espíritu y del mundo, y como configuración verbal, una región que toca algo que ha de llamarse "otro", y una configuración que hunde sus raíces en la inconsciencia y en lo ancestral, en el cielo y en la sangre, en lo que sólo es presentido, inalcanzable, y en lo entrañable en torno para horadarlos, hacerlos y expresarlos, penetrarlos y explicarlos. Por esta razón última ha de revelarse en el alma humana la dimensión pura del Ser.

Existen, pues, entrelazados, la poesía, lo poético y el poema, como algo en lo que hemos de insistir. Y se mencionó ya algo más, la ejecución y la lectura del poema, a las que hay que allegar los materiales interiores del poeta. Por lo pronto, si en la inconsciencia está el manantial, en el mundo objetivo está la superficie de las aguas que fluye. Está igualmente el sentimiento, que al unirse a la imaginación genera la creación poética: es el instante del nacimiento del poema.

Por otra parte, hay objetos mentales y objetos que ofrece el mundo físico, unos para prefigurar y otros para hacer posibles las imágenes inéditas, en relación impar entre el espíritu, el mundo y la emoción. La poesía y el poema tienen como soporte la anécdota, pero ésta es llevada a lo paradigmático, es decir, a lo poético mismo. He aquí la conjunción: de la mente de alguien, que según el bello y definitivo giro ha asistido a la aparición de su propio pensamiento, se pasa a las formas visibles de la vida, de una vida que es solamente su vida, pero que se hace emblema o símbolo en el ritmo y la imagen.

Podemos afirmar que la poesía es el sentimiento de nuestro ser, un ser abierto al silencio y al vacío como al lenguaje, y tanto en la ensoñación como en el acto de escribir. Entonces, tras sabernos y sentirnos, somos también lo generado por una

emoción y una visión. El poeta se crea a sí mismo antes de escribir el poema, pero el poema escrito no remite al lector a aquel que lo escribió sino a la poesía.

Y hemos de hacer diferencia entre el sentimiento y la emoción: aquel se da en respuesta al mundo, y ésta es una línea de tensión independiente del suceder del mundo. De igual manera, no hemos de hablar de lo real y lo irreal como lo diferente, sino del yo y del mundo, pues lo llamado irreal puede tener tanta o más existencia que lo presente, tangible, sensorial o exterior.

Son el sujeto y los objetos, el espíritu y los sucesos, el alma y las cosas o la persona y la objetividad, sólo que puestos en la esfera de los movimientos de lo íntimo, de lo interior, así como de la percepción profunda del tiempo y de la vida, o si se quiere, de la temporalidad y de la muerte. Porque la poesía no puede, ni logra, alejarse de la vida concreta de alguien. Son la vida afectiva y efectiva, y no una entidad abstracta lo que se pone en juego (y en donde cobra primacía la lectura del poema) al aludir a la poesía y a la poetización, por lo cual surgen las relaciones que aquella tiene con el orar y el ritual.

Todo conduce hacia el poema, todo lleva a la palabra escrita, pues es en vano hablar de lo poético si no se desciende al estrato de la configuración verbal, si no se llega a enunciar, finalmente, que la poesía es arte del lenguaje.

La poesía vive entre las palabras, las regresa a un origen oculto y las devuelve cargadas de signos al reino de las cosas, para que en ellas se convoquen voces que multiplican las significaciones. En el poema, cada elocución y la palabra aislada tienen sentidos a la vez fijos e indeterminados, cercados e infini-

tos, que vienen de lo misterioso y apuntan al misterio. La anécdota del poema es "otra" versión de lo que ha sido, como en su lengua decir es también callar, señalar y ocultar, hacer evanescente y táctil, antiguo y futuro; nombrar es conocer, diciendo, como ha de decirse, que la palabra poética es revelación por el lenguaje.

En el reino de lo poético al mismo tiempo se es y no se es, de manera que a un signo le es dado cambiarse en su contrario, por el mismo camino que los contrarios llegan a conciliarse. Se trata, en igual dirección, de la incorporación del no-ser a lo que hay, como de la ausencia a la presencia, con lo cual lo poetizado, así sea banal, se convierte en vía para sobrepasar lo solo exterior.

En su consecuencia última, la poesía es forma privilegiada de trascendencia, al vivir en lo uno y también en lo otro, en nuestro aquí y en un más allá, en el ahora y en lo eterno, lo mismo que al ser en forma de libertad. Por este atributo se convierte en quintaesencia de las cosas que existen, al elevarlas a lo emotivo y a lo espiritual, como al interiorizar las figuras inmediatas del mundo. Hay necesidad de apuntar, a este respecto, que es en el poema donde aparecen auténticamente las nociones de viaje y de exploración interiores, de la evasión, que adquiere el sentido positivo de conquista, y la aventura, una aventura que, como profundamente ya se ha dicho, es hacia lo Absoluto.

La poesía, como un ser, vive junto a nosotros. Nos lleva de la mano por el espíritu que existe a solas. Ella es lo espiritual como situado en un ser humano, pues somos eso que el espíritu es, y que para efectos de una relación con el mundo gana ciertas formas mágicas de la historia. La poesía es una dimen-

sión a la que atendemos en un movimiento único semejante al presagio, así tenga su origen en la evocación. Entonces ella nos hace sobrepasar los linderos de lo usual, rompe las ataduras que nos impone el mundo en torno, para llevarnos hacia lo que ha originado ese mundo, así como hacia aquello que puede o ha de trascenderlo. De ese camino se hará cargo la visión.

Y así como el pensamiento parte del Ser —y del ser de algo— la poesía parte de la ausencia de ser (de la falta del Ser), es plasmación de lo inexistente, que se da en las figuras del ideal, de la leyenda y del deseo. Es la poesía una señal que indica a la vez al caminante y al camino, el horizonte, la senda y la huella, que habla de su existencia —le habla— como fuego interior y como luz que pide ser seguida. Están en ella el alentar y el destino, como la muerte y la vida; es señal de lo interior, que se hace desde sí y configura en reclamo a lo otro, pero también en soberanía sobre lo otro. Presencia rodeada de silencio, se hace lar de esas voces que hablan de lo callado...

Pero la poesía habla del hombre, con el hombre, para el hombre y por el hombre. Su cifra es lo humano en cuanto aspiración, nostalgia de ser y voluntad de ser. Suma de la experiencia y de lo inalcanzable, es lo que el hombre es y lo que ha sido, pero también aquello que no ha sido ni es. Es lo que no será. En cuanto a esto último, la experiencia poética está hecha de aspiración, de urgencia y de tristeza, mira a un punto impreciso en lo pasado y en lo por venir, actualizándolos en un presente que está fuera del tiempo y que, no obstante, es físico.

En un segundo paso, de la noción de esa esencia que es la poesía se va a la experiencia poética. Son, pues, una esencia y su cumplimiento, el tránsito de lo ideal a lo tangible, y de lo

virtual a lo que efectivamente llega a ser. La experiencia poética es revelación, para el hombre de sí mismo y para el mundo de su condición auténtica, hecha también de inmaterialidad, de instancias y de lazos secretos, de momentos inexpresables y de regiones invisibles a las cuales, sin embargo, el corazón ve, siente y evoca. No se invoca ya el misterio sino se lo penetra, gracias a otro misterio no anterior a nosotros sino nacido con nosotros, y cuya claridad buscamos en el misterio de la poesía.

Así mismo, es la experiencia poética prisma único del sueño, con lo que éste tiene de relación con la intuición y ese momento del Ser que es cada ser en cuanto emoción pura, y senda por la que la vigilia inaugura su soberanía en la aventura de existir. Hay, necesariamente, que aludir a la gratuidad de la vida que solamente es vida, a la ausencia de fines o de un "para qué", que remite a la necesidad o a la soberanía de las cosas sobre la emoción y el alma. La poesía es sólo existir para sí mismo, en gracia y hondura, situándose esa vigilia paradójicamente en la atmósfera del sueño, con lo que cada instante vivido se carga de sentido.

Poesía es conciencia suprema y elación suprema en la acción de poetizar, a la que asiste quien recibe el poema, lo mismo que parábola de la acogida y del exilio, o del abrigo y del desamparo, o aún, si se quiere, de la posesión y el abandono. Se da en la experiencia poética, decimos y hemos de volver sobre ello, la percepción de algo interior y de algo exterior que gravitan al unísono, o en otro giro, se está a la vez dentro y fuera de lo que conocemos como el mundo: es el adentro de la presencia afectiva del Ser, y el afuera de una relación con las cosas determinadas por la sensibilidad.

Como en todo lo que hace a la trascendencia, está el aislamiento del espíritu, y, finalmente, también de las palabras, que se guardan de la comunicación utilitaria. Están el aislamiento y la soledad de quien trasciende, que son compensadas por la unión con "lo otro", soledad del hablar y del callar, del decir y del contemplar, como la hay en la oración, y que se da a través de la música y de las imágenes que alientan en el germen, la floración y el fruto de la creación poética. También se ha dicho, y lo reiteraremos, que esa soledad está poblada por los signos, de la misma manera que se convierte en un "sistema de señales".

En un principio existe nuestro yo, luego el mundo, luego la propia conciencia y la sensibilidad; finalmente existen la ensoñación y la aspiración, aunque todo ha de darse en el horizonte de la apropiación por el lenguaje, gracias a la cual se conquista una dimensión mágica. Verdad final de lo espiritual, la poesía es vacío y plenitud: vacío en la entrega y plenitud en el desasimiento. Nuestro profundo yo está dibujado por lo poético; en él alienta su materia indecible, que es la misma emoción, aquello que se es o lo que la sacralidad ha depositado en nosotros. La poesía, junto con el vacío, gravita en nuestra esencia como por vías de lo poético profundizamos en la realidad.

Se da, habíamos dejado dicho, una sucesión de estratos: la poesía, lo poético y el poema. Se superponen; al deslindarlos se definen el uno por el otro. Son grados de la misma sustancia que a la vez aproxima la poesía al corazón humano como la hacen brotar de su entraña, también escala que lleva a la poesía del corazón humano a lo infinito, o, a la inversa, hace descender lo infinito y lo ilímite a ese corazón hecho de precariedad y de ausencia. En cuanto al mecanismo interior y a su horizonte, es la relación de la poesía con el orar, un vuelo

hacia lo indeterminado, pero a la vez una experiencia límite. Esos estratos se dan en forma simultánea y no se puede pensar el uno sin aludir al otro, aún se ha de tomar el uno por el otro y es aquí donde y cuando aparece el cuarto término que los engloba: la experiencia poética.

Y la lengua poética es vibración al unísono de sonido y sentido. El sonido es el sentido en cuanto en él está depositado lo que se denomina un "temple de ánimo", un estado de acuidad interior, siendo en el ritmo en donde se cifra la actitud de los seres ante el mundo. Dentro del poema las palabras habitan en su propio interior, independizadas de la función de señalar al mundo, o de servir de puente entre las ideas de los seres. El rito, el canto y el poema hacen de las palabras una estancia que sólo se dirige a sí misma y guarde aquello hacia lo cual trasciende, incorporando en su seno el alma de aquel que las pronuncia.

No obstante, el ritmo no despoja a las palabras de su significado original, racional, no las aparta del todo de su nivel lógico, si es también en ese nivel donde aparece la función de la imagen. También en el poema hay pensamiento, pero signado por la emoción, lo simbólico y lo mítico, pudiéndose afirmar que lo silencioso habla por signos no convencionales y es consustancial a la lengua poética. Y la poesía no es magia sino mágica. La magia es anterior a la poesía, pues pertenece al origen físico de la vida. Igualmente, la poesía hace que las regiones más distantes y distintas de la vida se unan, que lo lejano sea el aquí y "lo otro" sea nosotros, en la noción del viaje y de lo ideal, o que lo que no es pueda existir.

Capítulo 3

En la página blanca o pautada está el poema. ¿Desde hace cuánto tiempo? ¿Está allí? ¿Quién ha visto sus señales que indican el rumbo de la poesía? Una tarde, un poeta escribe un verso; escribe aún cuatro o cinco más y compone un poema. ¿Cómo nació ese poema y por cuáles razones? El poema, ya sobre la hoja escrita, dice a la poesía, dice al poeta, dice al lenguaje, dice a la tarde y se dice a sí mismo.

Alguien, algún lector, en un amanecer, lee el poema que ha escrito el poeta. ¿Por qué lo lee o lo quiso leer? Ha de decirse, inmediatamente, que por necesidad de su ser interior, espiritual, porque en ese segundo de la hora más callada primó en él lo afectivo, su sentimiento del destino, de las cosas, del mundo y de su alma. Ahora el poeta es el lector, como al hacer el poema, el poeta era ese ser que algún día iba a leerlo.

Todo parece un juego, una red, una urdimbre... ¿Qué llevaba o guardaba, por qué era llevado o guardado el poeta en su interior para ir al poema, y qué el lector? Cuanto llevaban era la biografía de su silencio, de un estar a solas, la anécdota de ese lugar del alma donde todo es tensión pero nada sucede. El poeta se lleva a sí mismo entre las manos, a su alentar, su ideal y quimera, y a su vivir lejos de lo inmediato, a un vivir en trascendencia, que dará en las formas, vías o modos de ir a eso inmediato, esto es, su ensoñación. Aquí está la función de la poesía.

Se creería que un poeta debe plasmar, con el instante en que vive, una visión del mundo, una idea de la vida, algún mensaje

acerca de las cosas del mundo o un mundo en sí mismo, hecho de imágenes y de fabulación. Pero está solo con su sentimiento. Ese poeta no sabe definir qué sea la poesía, qué lo poético que lleva dentro de su corazón. Tal vez se le pregunte cómo hace los versos, qué hace con sus palabras al disponerlas en las formas del verso, o qué dicen, qué contenido existe en ellas. Pero esas palabras, inicialmente, no quieren decir nada, como él nada quiso decir al dibujarlas.

Tal vez se quiera trasladar las palabras del verso a un conjunto de ideas, trasladar el misterio a un sistema de razones, de ideal y decir: lo que el poeta quiso decir fue esto o aquello, es esto o lo otro lo que el poema dice. Entonces lo que se quiere es comprender la poesía, hacer sobre ella un esfuerzo intelectual, o de intelección, pues se sabe que en un poema también alienta el pensamiento. El lector que así procede está ávido de saber, sin darse cuenta de que ya pasó el contacto con la sabiduría más alta (que es la de la visión y de su único ser expresada), que ya fue contagiado en el instante mismo de leer el poema. Quería conocer algo por ese medio indescifrable que es el decir poético.

Y las palabras quedan en su hálito intocado, aunque en su superficie se refiera un suceso de los días. Ese suceso es lanzado al infinito de la ausencia de significación conceptual, a una ausencia que hace todas las significaciones. El poeta ha compuesto, efectivamente, unos versos. Antes de esos versos estaban su emoción de sí mismo, del mundo y de la vida, su sentido musical del lenguaje, el del canto, y de un canto que se entona porque sí. Estaba el saber que existe la tradición de la poesía como una materia y una forma, y hacia ellas ha ido como de ellas ha venido. Sólo que el estar en ellas lleva en sus manos una emoción pura que, en principio, no es traducible

por otras palabras, no se puede llevar a las razones. No se trata de que al poeta le haya sucedido algo y por eso haga versos.

Todo poeta viene del episodio de soñar con su vida, así como el primer objeto que en su ligero equipaje lleva es la nostalgia. Que es nostalgia de nada. Y esa nostalgia es también del lector, que se hace visionario y creador de sí mismo al leer el poema. Quien lee un poema llega al sueño de sí, y se sueña a través de las palabras, que son los materiales del poeta y la materia última de la poesía. Esas palabras han sido puestas en movimiento por la imaginación, o por la fábula interior que el poeta construye en el poema. Pero esa fábula puede también ser el vacío, el vencimiento o la desesperanza.

Y el sueño es mito. Sólo que ese mito no está hecho de figuras históricas sino de una sola relación con la vida, en emoción y en palpitación, es su carácter: visión y ensoñación, una nostalgia evanescente e indeterminada y su pasión. Esa pasión puede también llamarse el duelo de sí mismo, de un alma consigo. Y su duelo es soñar, no algo sino únicamente el suceso de ser. Y el sueño se hace duelo, como el duelo es una instancia del sueño y de la elevación. Sueño de ser y de dejar de ser, con figuras y formas de seres y de objetos que van al lado suyo; sueño de no haber sido y de no poder ser, que es el deseo, llevado a las imágenes, a la música, a la leyenda, a las palabras y a la letanía.

El poema, que recibe y crea la emoción, es a su vez un puente entre dos emociones anteriores a él, la del poeta y la del lector, que van ambas a la poesía como menesterosas. Ella es una claridad, asible por esa otra región profunda que es el sentimiento. El poeta ha sentido y el lector sentirá, los dos en di-

rección a lo absoluto, así se parta de una presencia. Se llegará entonces a una iluminación, que es la vida misma *como es*, fracción de un espíritu más vasto y de un signo más alto.

La poesía resulta una indeterminación que al alejar al hombre de la inmediatez de las presencias, por las que se ha puesto en movimiento, lo lleva a lo esencial de esas presencias y de su propio aliento, que pareció perderse con la infancia, cuando todavía no se estaba determinado por la utilidad de las cosas. Quien lee un poema se hace otra vez niño, y en ese instante lleva otra vez en sí el mirar puro, vuelve su alma a ser parte de lo intocado, no obstante el sufrimiento, el vacío, la extrañeza y la necesidad.

Al hablar de los materiales del poeta se habla de lo que en forma perceptible el poeta entrega al lector. Le entrega una comunicación con su destino y con su inconsciente, un momento interior de clarividencia, una luz, una iluminación, una señal, una urdimbre de indicaciones para guiarse y sostenerse en el mundo, unas marcas del rumbo, o lo regresa al sentido primero de ese rumbo. También le entrega una forma del silencio, y una versión de la separación, para asumir su vida, o esa hora única, en autenticidad.

La poesía lleva al despojamiento. Viene de un silencio y va hacia lo silencioso, con lo que da nuevo rostro a las palabras tras su paso por ellas, las eleva, como ha elevado a quien las pronuncia. El poema es una senda de lo Otro en nosotros, y es el poeta quien revela esa senda con los fragmentos de su propia vida.

Y un poema, es más lo que se ha dejado de decir que lo que efectivamente ha sido dicho. A eso no dicho también indican

las palabras; allí son puente para ir del callar a lo que permanece entre el silencio: con la emoción están los sentimientos, y es aquí, para el nacimiento del poema, donde entra la imaginación como lo que tradicionalmente se ha llamado *inspiración.*

Capítulo 4

La creación poética es ritual. Es figura a la vez de separación y unión del alma humana con cuanto la rodea; es signo de lo indecible y emblema de lo intransferible. Y deberá decirse que la poesía es la misma dimensión de lo poético y la lectura del poema, como en la voz de quien pronuncia la fórmula mágica hay una aspiración hacia lo trascendente, hecha de una evocación letánica, solamente pronunciada.

La poesía vive en las palabras, les da figura y las abre a su ser más auténtico al desligarlas del terreno del uso, con lo cual las transfigura y transmuta su significación, llevándolas a decir y a nombrar aquello que no se da en forma inmediata ni objetiva. No hace que pierdan del todo su asidero en lo objetivo, que es, al cabo, la fuente histórica de la escritura, sino que carga de tensión subjetiva a eso objetivo, aproximándolo a aquello que no es, que ha dejado de ser o es de otro modo.

En la línea de tonos imprecisos que hace a la poetización, el sonido y el sentido del poema, con el silencio de la pausa y lo blanco de la página, se hacen uno solo, como lo cercano y lo lejano, o la luz y la sombra, al hacerse unos la emoción, el percibir y el nombrar. En la lengua del poema cobra también figura la ensoñación, que en su nacimiento se halla vacía de objetos. Y en la visión poética se hace verificable al sentir puro de la vida, que es el mismo sentimiento del tiempo. En esa tensión nace el poema y aquello que transmite es una intensidad antes que un suceso, una verdad del sentimiento.

¿Y cuál verdad? Ha de decirse: solamente la nuestra, que es la íntima y única, la que va con nosotros y nos hace vivir, esa que es secreta, nuestra verdad a solas, la que da forma a lo espiritual de nuestro ser. Esa verdad está, pues, hecha de emoción ante el mundo, no de creencias, no de lecciones aprendidas sino de la palpitación cordial de nuestras horas y de nuestra quimera, de nuestro corazón y nuestro sueño.

En ese norte, la poesía, todo lo poético, apunta a lo misterioso, o bien sabemos que señala a lo secreto, ese reducto de silencio que da forma a los actos. Se hace de lo callado y de las voces, esto es que de aquello que no tiene palabras va a la pronunciación, a los versos. De lo sin habla, que es lo inefable, va a la letra escrita. Es decir, que profundamente, en cuanto a la experiencia humana hace, la poesía está hecha de todo aquello que no puede decirse y hace nuestra mirada, pensamientos, acciones y recuerdos, ideal y deseos.

Allí la poesía eleva nuestro fuero interior, nuestro estar con nosotros para poder vivir, tanto en una forma de autenticidad como en un camino de fidelidad. La dirección de la poesía hacia lo íntimo es un reclamo de verdad, a una verdad, a la verdad de alguien... Y esa verdad no es cosa distinta de aquello que profundamente se es, con el sentir y tantas otras razones ancestrales.

Entre dicha o engaño, apariencia o desdicha, ese alguien que siente posee una aguja interior que señala a su espíritu: es la fidelidad a sí mismo que lo hace vivir. Sólo se está en profunda comunicación con la vida en momentos de intensa unión consigo; es cuando surge lo verdadero en nuestro propio ser, que es un reclamo a nuestro yo más íntimo. Y ese reclamo es norte a los actos, a los fines, a la transacción con la necesidad y con todo aquello que nos hiere o vence.

La poesía nos enseña o muestra aquello que, despojados de todo lo exterior, vive a solas en eso que hemos llamado alma. Es por su estancia espiritual que somos, o por el sólo espíritu, independientemente de la cultura, por encima de una actividad exterior en la cual vamos o a la cual nos lleva. Poesía es verdad, es libertad, porque hace cuanto somos, así eso sea algo contrario al mundo. Entonces aparece el universo objetivo de los otros, el de la transacción, el de la utilidad, de los oficios o los menesteres, en fin, de la urgencia de la vida inmediata. Si los actos están nada más vueltos a esa utilidad, entonces se quebranta la verdad interior, nuestro principio único de vida.

¿Qué relación tiene alguien con la vida y sus días? Ya esto casi no importa, importan las formas o la forma que la vida misma toma dentro de ese alguien, la versión que ese alguien es en sí mismo de la vida. Entonces el sistema de relaciones con la necesidad se convierte en algo que viene por añadidura, en algo que naturalmente se va dando. Y es allí donde aparecen la instancia y el instante en que nuestra alma coincide con la poesía y lo poético. La poesía es nuestra propia alma a solas y en silencio, anterior a los actos y antes de las palabras. También allí aparece la figura de la divinidad o de lo sacro, de lo perenne o de lo trascendente.

Lo poético es una transparencia que redunda en verdad de la vida y los actos, cuando ya no se habla sólo de quien hace poemas, de quien lee poemas o de los poemas que se han escrito. Se habla de la poesía como región de lo espiritual y de la libertad, y de la libertad y la fidelidad a sí mismo como la poesía. Alguien está encerrado en el cerco de su propia vida. Ese cerco, sin embargo, no está aislado del escenario más vasto del mundo; el cerco es una orilla que hace una sucesión de

ondas, de reflejos, de líneas que se tocan. Así, para describir esa vida y su cerco más vale la figura del tejido infinito, de los hilos que se atan —ondas que se suceden— y entrelazan, de la urdimbre que hace participar a toda vida en la vida y de la vida, incluyendo en ella a la muerte, aunque se piense aislada: no lo está, y allí se ponen en juego las nociones de verdad interior y de poesía. En los momentos de más profunda soledad o de aislamiento estamos en comunicación con lo más alto.

Todo acto tiene una resonancia, aún todo pensamiento, toda aspiración o evocación en el sistema de analogías que son la vida y el discurrir del tiempo, del cielo o del mundo, en el nivel oculto de las cosas, en la secreta existencia anónima y en el actuar a solas. Si lo invisible es lo que verdaderamente determina al destino, eso invisible está determinado por nuestra verdad íntima, que es ritmo y emoción de un ser consigo, de nuestro ser consigo mismo en la hora más callada, cuando se abre la poetización. Y verdad es tanto nuestra concepción ética, como el tacto de nuestra mano al disponer un pequeño jarro de flores en la mesa.

Capítulo 5

La poesía transfigura a la vez a nuestra alma, al lenguaje y al mundo, a los actos, a los pensamientos y a las palabras, a quien las pronuncia y al Ser, gracias a ese principio último que es la emoción. Es ésta un instante de intensidad y de tensión, de transparencia y de acuidad por las cuales se entra de manera diversa en relación con el mundo, o se lo percibe de forma diferente, despojado de la apariencia y la banalidad.

La palabra poética se pronuncia, luego de ser sentida, intuida y pensada, por una elevación y una visión, que aunque nacidas de lo inmediato lo trascienden y hacen su dimensión. También la emoción y la sola mirada poética, como son nostalgia, son un padecimiento. Pero poesía es contacto con lo celeste, que es lo inmarchitable, aunque lo que perece es lo que da su cauce al sentimiento y a la dicción. Esto redunda a la vez en la elevación y en la caída, en una iniciación y en un término.

Y se habla de la lengua, del verbo y de las construcciones de los poetas, como se habla de la oración, que invoca y convoca, actualiza y trasciende. Aún como el pensamiento, al que la poesía no es ajena. Pero el milagro no está en la trascendencia sino en su nacimiento y en su origen, que es tan oscuro como el mundo al que canta. Como fenómeno humano y mental, al pronunciarse el mundo éste es devuelto a su origen y a su causa sagrados. También en el verso está el sentido de la letanía.

La cuestión se plantea, en otro giro acaso más accesible, preguntando no ya qué es sino qué nos entrega la poesía. Al intentar acercarnos a su ser, nos acercamos a aquello que nos

da, y al tocar su misterio recibimos su don. Al preguntar por su ser, se nos responde con las figuras de una emoción palpable.

¿Qué nos entrega la poesía? Lo poético es una senda para la trascendencia y para penetrar la realidad, pero también un punto de llegada de ese afán trascendente, un movimiento hacia algo "otro" que hace a nuestro más íntimo y secreto vivir. Un punto de llegada que es el único punto de partida en cuanto movimiento de la interioridad que se crea a sí misma. Es la presencia de un allá en el ahora, para transfigurarlo y servir de manantial a la lengua del poema. Y el manantial de la poetización, como senda hacia lo Absoluto y al misterio, está depositado en lo más hondo del existir individual y en lo más indecible del sujeto poético, cercado a la vez por lo cotidiano y por lo universal, por lo cordial, la anécdota humana y ese mismo Absoluto, o lo terreno y la divinidad, aún mejor: por su alma y el cosmos.

Así, el lenguaje existe para que se haga de él un uso, pero, más profundamente, para que se lo pronuncie, en un decir que convoca lo que está en las manos y en lo ancestral, lo habitual y lo perenne, o lo presente y el misterio que rodea a eso presente delante de los ojos. Y la lengua poética es la que da un nuevo hálito de vida a las palabras, no para servir de puente a dos momentos de lo exterior, sino para ser realidad en sí mismas, dejando en libertad sus lazos, acepciones y fuerzas internas. El primer don de lo poético es el cumplimiento de la aspiración, en un movimiento que puede, pues, calificarse como de sacralización de lo habitual. La poesía habla el lenguaje de los seres cosas, pero también éstos reciben su llamado, también ellos están hechos de lo que la palabra poética es.

Al preguntar por la poesía preguntamos por nuestro propio existir; preguntamos por el término del impulso trascendente, la cualidad del mundo y la condición de las cosas que viven, por las leyes de su destino, la razón de su conciencia y el sentido de su acción. Con lo anterior, hemos de afirmar que la palabra poética tiene que ver con lo telúrico. Las palabras están en nuestros labios, pero sabemos que son anteriores a nosotros, y que son creación de algo universal e intemporal. La poesía las dice y nos las dice, pero también nos indica en lo esencial y en ello nos nombra, así, al hacerlo, nos pone en contacto con el nacimiento del lenguaje.

La poesía mira a los lazos secretos y cifrados, tendidos por la naturaleza y lo sagrado, que unen vida y muerte, en la percepción de algo que hace parte de otro orden del mundo visible, de un orden intangible que, no obstante, está en las tareas de los seres. Entonces las palabras vibran con una significación más alta, que es sólo sentida o recibida por la emoción de quien crea o lee el poema. Es así como el lector de poesía alcanza ese orden distinto que ha aflorado en la intuición del poeta. Con la poesía, por un instante el espíritu se instala en una edad fuera del tiempo, y en el movimiento de percibir esa edad se recuerda a sí mismo. Así, la soledad del interior humano, que es esa percepción pura, halla, ya no su eco sino su voz en la lengua poética. Y la lengua poética es la definición de la lengua.

Se regresará siempre a la pregunta: ¿de qué manera vive la poesía? Como el fuego del mito, es revelación del interior humano y revelación de las leyes de la naturaleza. Son esos los materiales que tiene quien poetiza, es esa la verdad de que dispone y es el objeto que entrega al lector.

Volvemos al comienzo, creyendo que no es a la razón sino a la intuición a la que le es dado acercarse y rozar el misterio. No es la creación poética para ser abordada con las categorías de la intelección, ni para ser trasladada a un estrato únicamente lógico, en cuanto a los contenidos del poema, sino para ser indicada y seguida en vibración al unísono con su existencia y manera de mostrarse, aún asumida como palabra nuestra, en una línea de introspección afectiva y mental. Cuando leemos un poema leemos en nuestra alma, y lo que dice es lo que decimos, para un desdoblamiento de nuestro propio ser en otro que somos.

Nos apropiamos de la poesía, conscientes de que es una señal del Ser y lo divino en la fugacidad de los seres que viven, o simplemente del hombre que está tendido hacia una infinitud. Pero si la poesía, con lo anterior, puede definirse por la ausencia, la experiencia poética tiene que definirse por lo ausente. Y si la poesía tiene que ver con las palabras, también tiene que ver con el silencio. Lo silencioso no es sólo lo no dicho, sino aquello que no puede decirse, que es lo inefable, lo que no cabe en el estrato material del lenguaje, y por cuya virtud éste ha de ser transfigurado. Existe, pues, la región de lo que está fuera del habla, que busca las formas más sencillas de lo exterior del mundo y se convierte en reclamo al suceso de poetizar.

Hay una esfera superior en la conciencia y en el mundo, que no llega a la articulación verbal, sino que guarda en la indeterminación secreta y en la vibración a solas del espíritu. Es lo indecible que, por serlo, confiere dimensión y resonancia peculiares a lo dicho. En el ritual de la poesía, lo que es y está resulta profunda y trascendentemente pronunciado, configurado y situado. Pero a lo poético se llega, necesariamente, por

el pasadizo de una estación subjetiva, hecha al tiempo de amor, de sufrimiento y de soledad, que reclama la gratuidad y la dimensión lúdica de todo ser, así como la conjunción límite que hacen la aparente dualidad del Ser y de la Nada, de la vida y la muerte, por cuya ley y gravitación el corazón invoca "lo otro". Es la presencia de todo lo anterior a nosotros y la de aquello que nos sobrepasa.

Tanto como expresión y plasmación, la poesía es quintaesencia de las presencias de la vida, por virtud de otra dimensión de lo humano que es la leyenda. Esta remite a los seres a un ideal o a una actualidad traspuesta a lo imaginario, que interpreta cada suceso de la vida y lo sitúa en un plano distinto al de lo más exterior e inmediato. Y la poesía es la suma, es el emblema del existir aislado, que por serlo se comunica con el Todo. Es una confluencia de esencias que hace que lo original aliente en lo inmediato, como es depositaria del deseo sin objeto o del alma humana que vive vuelta hacia sí misma.

..*.*.

Por labios de la poesía habla el mundo, pero también por ellos recibe su razón y sus leyes, con lo que la creación poética coincide con el pensar metafísico, siendo la más antigua sabiduría la invocación y el canto, el ofrecimiento y la letanía, con lo que el hombre supera el estrato de la inmediatez. Con ellos están el pensar, el rezo y el nombrar en un único instante, en una sola iluminación. Igualmente las relaciones de lo poético con el lenguaje se establecen en el instante, no del mero hablar por imágenes, pues cualquiera puede hacer construcciones en verso, sino de llevar a esa habla la visión creadora, que está cargada de afectividad y de presentimientos, de anuncios de otras formas de las cosas. Las palabras, entonces, entran en

juego por sus resonancias interiores y hacen el hablar poético, en la mente de alguien y por virtud del ritmo, un estadio distinto de la comunicación cotidiana, abierto esencialmente a la evocación.

En la poetización, la percepción de la temporalidad se traduce en música de las palabras, como la provisionalidad de la vida en imágenes que se quieren eternas. El canto es a la vez anhelo y cumplimiento, que transforma las sensaciones en formas verbales y lo inconsciente en la presencia física del poema. Es la existencia de la poesía en el verso, o la virtualidad de toda vida en la lengua poética.

Saben los hombres que los poemas, los rezos y las fórmulas rituales están ahí, no al alcance de sus manos sino salidas de sus manos, y que fueron creadas como camino de unión entre lo que está delante de sus ojos y lo que no lo es dado ver. En el caso de lo poético, se trata de un estadio del espíritu que deviene al unísono en semilla y fruto, anhelo y posesión, sueño y vigilia, inmanencia y trascendencia, a la manera de la admiración de ser y la fascinación de no ser, para una manera de plenitud y armonía de lo humano.

La poesía es mirada del hombre hacia sí mismo. La vibración del lenguaje poético crea una tensión espiritual que devuelve al hombre tanto a lo que él es en su esencia como a la historia, lo sitúa ante el sólo suceso de ser y le hace preguntarse por alguna determinación profunda de su estar en la vida. Y esa vida está en la urdimbre de las vidas de los otros. Poesía es espíritu en figuras; el poema se refiere a ese espíritu y le da cauce en episodios de entrega interior que devuelven al lenguaje su relación con el alma y la realidad profunda. En cuanto al estrato de lo cotidiano, fugacidad y permanencia se con-

cilian en la lengua del poema que recoge, también en conciliación, ideal y desesperanza. Sólo que la palabra poética ha de cumplir su plenitud ante el silencio.

La poesía guarda la cifra pero es indescifrable. Hemos de reiterar: no ya qué es sino qué nos da la poesía, pues su regalo ha de darnos su ser. Por lo pronto, hemos de situar su don en la penetración simbólica de las sendas del destino, en una realización del hecho libre de existir, sin determinaciones y en diálogo con lo intemporal. Ese don va a la entraña del corazón humano, donde se es a solas y se percibe el vivir solo. Manantial del latir del corazón que se aboca a la dimensión del tiempo, y cauce que hace transparentes, como las piedras en el lecho de las aguas cristalinas, las formas inmediatas del mundo, del sentimiento y del yo, así el poema refiera un suceso trivial. Los poemas dicen lo que ha sucedido, pero también son una parábola del suceder mismo, haciendo ilimitados el aquí y el ahora. Es la que tantas veces se ha definido como función configuradora de la lírica. Si el lenguaje alcanza su cualidad más alta en la poesía, hay que saberla como materia de un espíritu, que es configuración verbal suya. Lo anterior implicaría entrar en la personalidad del poeta, y ésta se toca con la aspiración del lector, en el instante de la lectura del poema.

Si la poesía es en el ser humano vía para decirse, también lo es para reconocerse, y aún para crearse. Por igual ley, la experiencia poética, que así mismo se da en el callar de una renuncia, es instante de encuentro con lo ausente, unión del más acá y del más allá, para el nacimiento de un nuevo objeto en la naturaleza: el poema. La experiencia poética es renunciamiento; y si en las figuras sensibles y sencillas, asibles de la vida están las más claras y altas opciones de lo poético, en la mayor complicación mental se ha de dar la expresión más objetiva. Pero hablamos del poeta no como persona privada sino como mente poetizadora, y de la imaginación que recibe al poema. Es la diferencia entre la persona privada y el sujeto interior que crea y es creador.

Las palabras muestran al hombre lo que *es* y lo que *él es*; le iluminan tanto la vía que transita como sus propios pasos, y le entregan la fórmula para hacerse a sí mismo en la medida de la ensoñación. La palabra poética es lo humano esencial tras un despojamiento, como la poesía es el hombre efímero en relación con la sacralidad. Gracias lo uno y a lo otro existe la poesía como conjuro. En el acto de poetizar confluyen todas las aguas, subterráneas y visibles de la realidad tangible. En ella están los seres, los sucesos, los sitios, los encuentros, los recuerdos, el deseo y su objeto, como el conocer y el ignorar, en una misma dimensión mágica, lúdica y misteriosa.

¿Por qué la palabra poética? Al ser humano le es necesaria para hacerse, darse, ser y perdurar. Y esa necesidad tiene que definir su esencia, en la que alientan la desesperanza y el deseo, el vacío que es llenado por la evocación o que es asumido por el viaje interior. Un poema remite tanto al Ser como al vacío, lo que en una dimensión sacra no entra en contradicción. Tampoco lo Divino y la Nada se excluyen.

Hay en la poesía un fluir del Ser que se convierte en forma de conocimiento, como también hay pensamientos, no por lo racional sino por la comunicación con lo que existe. Una de las funciones de la creación poética es esa comunicación, que se hace comunión, un convertirse en parte de algo indefinible que excede a la existencia individual y la sitúa. La poesía es un consuelo al señalar ese algo y hacer que por sus leyes hagan

curso los días. Pero si algo resulta invariable es que la fuente y norte de lo poético están en la emoción, de la misma manera que la ensoñación vive en la leyenda. Y en la lengua poética alientan el mito, el sentir, el pensar y la fabulación como forma primera del hombre para encontrar su rostro y figurar en la historia; en ellos se hace a sí mismo ante lo extraño y se crea un albergue. Por igual principio, en las palabras el hombre aísla lo eterno de la naturaleza y lo intemporal de la experiencia.

La poesía está allí, presente y viva, por gracia de los poemas, pero antes de las palabras existe por gracia del espíritu. Como conviven con el vacío y la leyenda, hay un adentro y un afuera; y si la poesía es unión con el alma del mundo, también es separación de ese mundo, pues sólo salvado el estrato del comercio directo con éste, puede ser elevado el sentimiento a otro estadio de lo real, a otra figura de lo inmediato en torno, de la misma manera que nos hace ser otros, un "otro" que al cabo es lo que más fielmente somos.

Capítulo 6

Como la poesía existe, existen la experiencia y la palabra poética, y esa obra de arte que es el poema. En este último se sitúan el ritual y el conjuro. En cada uno de los estratos anteriores hay una forma inmediata de la interiorización que se lanza en busca del mundo y se hace a sí misma. En su conjunción es cuando aparecen las palabras, para tender un manto de comprensión y de interpretación a lo vivido.

Todo poema es una fórmula mágica, y las palabras, al nombrar a los seres cotidianos, señalan hacia lo intemporal que hay en ellos, hacia lo eterno que hay en el corazón humano, salvándolo de lo circunstancial y situándolo, en un mismo enunciado, delante del cielo y del abismo. Esa fórmula es una señal, que venida a nuestras manos desde algo intemporal, ahonda en la temporalidad y en lo deleznable, en el hallazgo y en la derrota.

Como lo divino, la poesía es ubicua. Es la fracción y el todo, lo esencial y lo circunstancial, al modo en que lo trivial deja de serlo para llegar a intemporal. Pero más intensamente, es lo que a un mismo tiempo está y no está, como lo invisible se une a lo visible en la mirada del poeta; se da en ella el lado oculto y el lado aparente de las cosas, por lo que la poesía habla de "otro modo", que es también llamado al silencio, a lo que alienta en lo callado y dice otras cosas. Silenciamiento y pronunciación hacen un gesto que indica al ser auténtico.

Es otra cosa de las voces en los labios humanos, otra figura de los signos que han nombrado al mundo y otra senda para lo que transcurre. Los poetas escriben los poemas. "Hacen" los

poemas, poniendo no una palabra detrás de la otra, sino una línea de tensión, de acordes y de significados tras la otra, una debajo de la otra, que es la composición ritual del verso. Los poetas ponen unas curvas melódicas en seguida de otras, pero no como una sucesión sino como un darse al unísono, como un coro en el que puede adivinarse lo Absoluto.

Cada palabra del poema es plasmación de un momento del espíritu, pero también del vacío y de la caída. Ellas traen consigo el viaje, la aventura y el descubrimiento, si en su seno lo silencioso llama con más fuerza que las voces. También habla lo físico, que es materia de lo deleznable. Y decimos que en la lengua poética, lo que no es ni está alienta con más verdad que aquello que se muestra, lo intuido con más verdad que lo que está delante de los ojos, con más verdad que lo exterior. Como en un arcoiris único, vienen de lo indecible y van a lo inaudible.

Y en la poesía el lenguaje regresa a ser aquello para lo cual fuera creado, esto es como nombre y decir del Ser en el interior humano, ya no es la simple comunicación sino en la comunión interior de los seres. Es lo que se conoce, por la nostalgia de ese origen, como la capacidad de evocación de la palabra poética, una nostalgia que es instancia última en la experiencia personal del mundo. Pero no son los objetos del mundo sino los seres de la ensoñación lo que confieren significación a las palabras, en unión impar de lo uno con lo otro, o, según el juego ya tradicional, de lo uno en lo otro, del esto y el aquello confundidos. Así la relación entre la poesía y la magia está basada en la comunicación esencial de lo que vive, aún de la muerte como zona profunda de la vida.

Por las palabras del poema el sentimiento de existir y la imposibilidad de ser del hombre, su oscuridad y su luz, su pasión y

desvelo, o su duelo y su amor. Traen ellas un saber ancestral con el que la creación poética, en respuesta a la necesidad del alma, se une al conjuro. Poetizar es llegar a ser profundamente, en reunión de la invocación, el sentimiento de la naturaleza y nuestra anécdota.

El poema es, como desde tantos ángulos se ha sugerido, el lugar donde el lenguaje existe para ser contemplado. Y es el poema a un tiempo espejo y mirador, imagen y figura en nuestras manos, delante de los ojos y en nuestro palpitar, tanto para vivir como para vivirnos. Es un objeto que se mira, y cuya imagen es evocada cuando se está lejos de la página, y si no se lo ha mirado, hay una representación suya. También con su presencia el poema es vacío, y con lo negro es blanco. Pero finalmente nos queda la vibración de sus palabras...

El poema alienta el alma de las cosas, por lo que la música de las palabras se superpone a su significación. Quien las pronuncia, oye o contempla, asciende a esa alma en un movimiento que es a la vez viaje de trascendencia e interiorización. Entonces se hace presente en el poema la dimensión de la oración. Antes estaban el rito y el canto, que no son sólo decir sino indicar, fijar y abrir a algo indeterminado que deviene en sacralización. Entretejida por sus materiales, la poesía, en última instancia, se hace revelación.

¿Qué es la poesía? A esta pregunta respondemos con lo poético y las palabras del poema, con la experiencia poética en cuanto emoción y pensamiento. Llega a serlo porque en el espíritu hay una vibración, un vuelo, una visión y una emoción originarias. Ellas perciben lo poético, pero también son su manantial, redundando en la existencia de la poesía en sí misma, como categoría trascendente de la existencia.

La poesía es el sueño del hombre, pero también su intelección del mundo en virtud de las fuerzas mágicas y ocultas del lenguaje. Y decimos que como existen los sueños, la poesía existe, el ir hacia el poema, y que es en la atmósfera de la ensoñación donde la mente poética se reconoce, una atmósfera sólo intuíble, esto es indecible e incomunicable, que no obstante es instrumento único para la interpretación del destino, de las presencias y de los sucesos, o es cristal a través del cual el mundo es mirado por su urdimbre afectiva. La poesía revela que el más íntimo acto tiene significado y resonancias únicas.

Y en la poesía vive el tiempo, el fluir silencioso de la vida para la unión del sueño y la vigilia. Si en cuanto zona del mundo habla al hombre de otros mundos y de otras formas del mundo, como región del espíritu y como experiencia habla al hombre de la libertad y soberanía interiores. Éstas hacen del mundo aquello que el espíritu en su urgencia crea, o al mirarse que sea, al entrar en contacto profundo con la vida. Por esto el poema, siempre del lado del sufrimiento humano y de su elevación, habla de una condición que es la de todos, de la misma manera que dice lo que todos quisiéramos decir.

Hay una bella idea según la cual la creencia en la magia se basa en la certeza de la solidaridad última de la vida. Y la poesía y lo mágico han ido siempre juntos, éste en cuanto hace visible lo invisible y enseña rumbos siempre desconocidos. Del poema venimos con las manos cargadas ya no de anuncios sino de cumplimientos. Así, por principio, todo poema es un conjuro y una fórmula mágica: conjuro de los seres invisibles y fórmula que convoca la vida.

En primer término, están las palabras con su origen antiguo y sagrado, rodeadas de silencio y de emoción, que ponen por su

naturaleza en comunicación al hombre y al Cielo, a esto con lo otro, al más allá con el aquí, y a nuestra vida con vidas distintas. Lo anterior porque el ser del lenguaje no se cumple en nuestra comunicación diaria, que lo desvía a la necesidad cuando lo usamos como moneda de cambio, sino en la lengua del poema, que es encantatoria.

Cuando alguien lee un poema, tiene contacto con la vida como milagro y como misterio; cuando alguien hace un poema, participa del milagro y del misterio de la Creación, con las fuerzas telúricas del mundo y con lo trascendente. Unas y otro guían el camino de los seres humanos, como los llevan hasta su final, lo sitúan delante de su esencia, la que reclama una verdad. Lo sagrado —con la aspiración— existe dentro y fuera de nuestro corazón, y es nombrado en el poema. Lo tocamos al leer, y esto es lo mágico, como lo es también el ritmo que nos trae desde lo otro hasta nosotros mismos. De aquí damos el salto a la relación de la poesía con la vida cotidiana, nuestros asuntos y nuestros oficios, pero, sobre todo, con nuestra propia alma, que es depositaria de una de las estaciones del misterio.

El poema nos lleva hacia nosotros y nos hace, acerca de lo cual reiteramos que la poesía nace en la historia de la Humanidad al unísono con el canto, el rito y la oración, situándose en la entraña del diálogo metafísico y de la invocación. Vamos allí a las fuentes de la experiencia poética, de eso que nos sucede con la poesía, porque ella no está lejos, sino que es parte de las presencias de todos los días.

Y un poema es también una explicación de nuestra vida. Entonces, lo mágico es la intervención de su mano, pues el poema es también un ser, para una iluminación del sentido de los

días, para estar en contacto por unos instantes con alguna forma de la verdad del mundo. Lo mágico es una solución a los sucesos por vía de una concepción más alta, y una solución que inicialmente no estaba en nuestras manos, que viene por caminos secretos siempre maravillosos. Es por esto que el poema habla del milagro, del prodigio y del misterio, y es por esto que en el nivel más quieto de la necesidad cotidiana necesitamos de la poesía.

La poesía nos lleva a descubrir otra dimensión de las cosas del mundo, a la vez inmanente y trascendente, hecha de su materia y de un vuelo de alas equivalente a la dimensión religiosa. Y hay otro más allá que está aquí, hay otra cosa que está entre las cosas, que es invisible y es también convocada por la poesía. Así, por la experiencia poética entramos en contacto con el suceder interior de las cosas que vemos, sus leyes íntimas, sus secretas razones y carácter auténtico. Hay una hermosa sentencia que dice que la vida sitúa: eso es lo mágico, lo providencial, lo misterioso y lo secreto, aquello que lleva a los seres y a las cosas a su íntima verdad y a su lugar definitivo, el que les fue una vez señalado.

Pero la poesía está en el poema, y es el espacio cerrado del poema a donde hemos de ir, para convocar las fuerzas sagradas y mágicas del destino —que son las mismas fuerzas de lo poético y el cauce profundo de la vida—. Más que la vida existe *nuestra* vida; y no es el mundo o una entidad abstracta sino nosotros lo que se halla en juego. Son nuestras cosas las que van entrando en la urdimbre de algo que desconocemos y que nos sobrepasa, pero que es nombrado, convocado o conjurado por el poema.

Es la poesía efectivamente un sistema de atracciones, de soluciones y de correspondencias. Así, lo poético tiene que ver

con aquello que guía, ilumina y sostiene, con lo que hace que las cosas estén, sean lo que son y tengan vida propia, que entren en comunicación unas con otras en un auténtico o verdadero sistema de encuentros, desde el encuentro con la vida misma, el nacer, pasando por todos los encuentros que determinan el curso de los días y del destino, hasta el encuentro con la muerte. La poesía está allí para fijarlos y hacerlos comprensibles.

Un poema, a la vez, nombra e invoca, llama y convoca; y el ser humano es, por esencia e historia, un ser ritual, que cuando se aleja del rito, se aleja de la forma última de sus cosas, por lo que la poesía viene a ser forma que da forma. De allí proviene la necesidad de los poetas; es por ellos que conjuramos los fantasmas del mundo, pero también es por sus producciones, por sus poemas, que los comprendemos. Entonces, los poemas de los poetas nos enseñan a vivir, no como queremos que la vida sea sino como efectivamente es, entre el misterio y la ensoñación.

En la región de lo poético se ilumina el instante que vivimos, con una luz que viene del soñar, y éste no es otra cosa que espiritualización de aquello que vemos y tocamos, cuando nuestra relación con el mundo, después de una visión de lo Absoluto, se carga de emoción y de sentido. Se trata de la conciencia de vivir, que es sentimiento a solas de nuestro propio ser. Si la poesía es iluminación, la experiencia poética es lo iluminado y el poema es lo que ilumina.

Capítulo 7

La creación poética es plasmación de una de las experiencias humanas más profundas: la relación pura, indeterminada, con lo Absoluto. Dentro de esta relación está su sentimiento del tiempo y de la infinitud, del estar y del devenir. El hombre sabe de lo eterno, y también sabe de la fugacidad; entonces se dirige al hálito de vida que hay en él, para hacerse a sí mismo y descifrarlo.

Están, en el acto creador, las figuras del espíritu, su ser inmaterial y la visión de la otredad, como crear es hablar desde una instancia original y última. Este hablar está vuelto a lo indecible. Poetizar es una relación, un contacto despojado con el Ser, con los hilos secretos que unen lo que existe. En la creación poética hay intimidad, es un residir dentro, de cara a un afuera inaccesible; hacia ese afuera va también la oración, como viene también de un adentro íntimo.

La lectura de un poema es un instante de conciencia del tiempo, del ritmo universal, pero a la vez una separación de la historia; conciencia que el hombre tiene de sí mismo, independientemente de la naturaleza, a la cual alude el poema pero en camino hacia lo impalpable. Quien ora habla a la divinidad, pero en primera instancia importa el sólo hablar, el haber puesto en movimiento al espíritu, que al dirigirse a lo eterno va hallándose a sí mismo. Este hallarse es la única responsabilidad de trascender. Poesía y oración son un cerrar los ojos para mirar adentro, y desde ese adentro intuir lo infinito...

Quien poetiza es consciente tanto del discurrir como del sólo estar, igual que cuando hablamos a lo sagrado, siendo que en ese diálogo entra nuestra más pura emoción de la vida. Entonces las palabras del poetizar y del orar nos traen a nosotros en cuanto somos parte de lo que es absoluto, a una percepción de nuestro ser que se une, inconscientemente, con la corriente del cosmos, con el alma universal tanto con el calor de las presencias. Es así como la experiencia poética demanda sólo ser, para estar en contacto con regiones más vastas.

La oración es la interiorización, como la poesía es introspección. Desde un punto de vista espiritual, orar y poetizar dan en un mismo norte, tienen un mismo móvil y un origen igual. Uno y otro vienen de una urgencia que sobrepasa la materialidad y el círculo de lo útil, pues sólo en un segundo momento la oración pide algo. Ese algo también lo pide la poesía, y es la armonía con el destino. Se está a solas con lo que es enteramente otro, y se lo está como necesitados. La poesía y la oración son compañía secreta de las cosas, su cauce entrañable y su caminar confiado en el milagro, compañía de las presencias que se saben porción de algo más vasto. Esas presencias, atravesadas por la trascendencia, nos ayudan a vivir, pues nos hacemos unos con ellas, y también nos enfrentan a la muerte.

Orar es dirigirse a una fuerza oculta y sagrada. Poetizar es hablar desde esa fuerza, de ella y por ella, pues el espíritu poético es parte de lo sacro, o de otro modo: si es por entero lo otro, también y milagrosamente habita en nosotros. Es el milagro del alma humana como fracción de la divinidad. En el inicio de la historia humana se confundían el rito, el canto y la oración, por lo que las palabras se unían a la elevación y a la caída en ese instante casi indescifrable que es el pronunciar, llamar e invocar tras la experiencia del misterio.

Quien poetiza y quien ora parten de la desprotección y van a un abrigo, parten de lo ininteligible y van a una iluminación. Se hace un alto en el curso lineal del tiempo, para ir a un tiempo original, para estar en un origen que va a ser de la misma sustancia del final, que será lo que venga cuando la vida pase. Se trata, así, en la mente y en la emoción, de otro ciclo temporal, que va a un inicio y a un término infinitos: uno y otro han de darse en la plenitud del instante vivido. Así poetizar y orar se hacen presente puro.

Hablaríamos de la unión entre lo poético y lo sacro, para lo cual se tiende el puente hermético y mágico del lenguaje, que se une a la visión y al mundo por el sistema de las correspondencias. Al orar se llega a algunas de las figuras de la poesía como la letanía, pero en nuestro interior es un presente puro que transmuta la experiencia. Se poetiza y se ora en un silencio cargado de significaciones; ese silencio es ritmo, como el ritmo es la respiración y en la respiración reside el alma. Demos que lo sagrado está en nosotros, como en nosotros están las palabras, está el pronunciarlas y el oírlas, y las palabras nacen cuando nace el espíritu, que toma una primera forma con el rito y cuando mira por primera vez mira a lo divino. Pero hay que regresar a la vida inmediata, pues no se poetiza ni se ora para la eternidad sino para el instante. La eternidad está aquí, y quien ora hace de las palabras un instrumento de elevación, aún de transfiguración en la intimidad misma de lo eterno, como cuando el poeta mira a lo ilímite, a lo indecible y a lo invisible. Quien poetiza hace de las palabras una vía de acceso a lo Otro y a la Realidad profunda.

Un poema va de las palabras al silencio, como una oración va del silencio a las palabras. El poeta habla solo, pero ya habla con Dios al hablar con su alma. Y su alma es un acto de fe y es

una entrega, habla con la materia del silencio y se dirige a Dios al decirse a sí mismo.

En las palabras del poema alienta una conversación con el instante y con la eternidad, son las palabras de una confidencia con lo eterno, que está en la sangre tanto como en el aliento, y así el misterio de la divinidad se convierte en mirada poética. Las líneas musicales del poema han sido y serán siempre unción, como lo lírico es paso cualitativo de una dimensión a otra, que aunque distintas se enlazan en la existencia humana. Quien está en la poesía ora, y quien ora está en la poesía, en la transmutación sagrada de las cosas, en la penetración profunda —que es sólo unión y no comprensión— del misterio de ser. La poesía, como la oración, parte del círculo cerrado de nuestro ser más íntimo y entra en comunicación con las fuerzas secretas y eternas de la vida.

La poesía y la oración tienen que ver con las voces del silencio, con su cifra en el orden del espíritu, cuando sabemos que es más lo callado que lo dicho y que el decir es sólo un indicar, sólo un evocar, un llamado a la luz de lo invisible. De lo callado y de lo no dicho hacen parte el pensar solitario y la oración mental, esos estados de aislamiento límite en los que sólo puede mirarse hacia el alma, a lo que llamamos nuestra alma, como partícipe de la realidad de Dios. Y hay que saber que en el hombre esa realidad es nostálgica, con la nostalgia de una plenitud o de un paraíso. Es en este sentido que se define a la palabra poética por su poder evocador. Después de evocar, invoca, como la oración, que después de invocar se vuelve evocación de algo que nos perteneció antes del nacimiento. La oración convoca lo poético en nuestra alma, como la poesía invoca lo sacro, que se dé en el instante de la acción del lenguaje.

La poesía ora e invoca y llama; habla al ser escondido y secreto de las cosas, como revela su condición más pura, su condición más alta, aquella que se sitúa por encima de la necesidad. Habla desde el ser profundo de las cosas, sumergido a la vez en el transcurrir del tiempo y en lo intemporal, lo temporal que es físico pero que está invariablemente vuelto hacia lo ilímite.

Y hay una situación original en la poetización y en la oración, que es el despojamiento, el quedarse a solas con el suceso de existir, sin los objetos inmediatos de un mundo al que han nombrado. Es colocarse fuera del reino de la posesión o del interés, para que se produzca interiormente un movimiento de libertad y de elevación, un tocar lo impalpable con manos desasidas de lo inmediato en torno.

Como en la ensoñación, en el orar hay una percepción del sentimiento a la vez estática y móvil, que discurre y hace un alto, que fluye y se detiene, que huye y regresa. Entonces sabe el hombre del paraje cifrado en que habita, y desde ese paraje, también cerrado, va al aire claro de una unión, cambiando el resistir por el confiar; y la confianza es creación poética de todo aquello que ha de sostenernos y ha de preservarnos, de lo que ha de llevarnos al final permaneciendo unidos a un principio y a una ley ancestral.

La poesía lee los signos de la sacralidad, pues viene de una voz anterior a los seres, voz que los hace, independientemente de su voluntad, un designio que se cumple en los actos más secretos, de la misma manera que quien ora sabe que al vivir obedece; es el sentido último de la Providencia, en la cual creen el poeta y el santo, cuando la poesía acompaña a los seres y cuando la oración ilumina sus sendas. Entonces viene el abandono en manos de la Divinidad y de lo mágico.

La experiencia poética lleva a una forma peculiar de intensidad en la que se unen los sentidos y el espíritu, las sensaciones y el aliento, en el horizonte tanto de la anécdota como de la idea de la vida, de un instante o de una instancia creados por una transparencia que no identificamos con ninguna otra forma de contacto con el mundo, entre el desasimiento y la entrega.

Es experiencia de *algo* en movimiento doble: desde un afuera que se vuelve interior, y desde lo interior que va hacia un afuera. Se entra en otro estadio en el que no se reconoce ningún acto de los que nos unen a la superficie del río del mundo, o de la más inmediata realidad, aunque también los poemas se escriban para reconocernos en esa realidad, para hallar el propio rostro entre las cosas. Con la experiencia religiosa, es la experiencia poética la que carga de contenidos más profundos a la vida, la que la tensa a la manera de un arco cuya flecha apunta a lo infinito.

Aquí llamamos, pues, la trilogía de la poesía, lo poético y el poema. A lo que está signado por la emoción y es la experiencia poética, por la luz de una interioridad que dialoga consigo, que se abre a la vida y contempla vivir, le da un curso libre a los actos en el paisaje de una realidad interior, hecha de ideal y de nostalgia. Lo poético es invariablemente nostálgico, pues nos recuerda que estamos separados de algo.

Quien sabe del poema pregunta por la poesía, y quien ha tenido noción de la poesía pregunta por la experiencia poética. Ella está a la vez en el poeta y en el lector de los versos, como es anterior y posterior a la composición y a la lectura. O, en otro giro: el poeta la transmite al lector a través del poema, esto es que el lector participa de la experiencia afectiva que llevó al poeta hasta el poema, un estadio interior a la vez de

desasimiento y de unión profundos, de cercanía y de lejanía con lo real en torno.

La experiencia poética es una tensión que da nuevo rostro, atmósfera y sentido a las cosas; se hace de lo mirado, sentido y pensado, pero también de los ojos que miran. Y aún puede la experiencia poética ser definida como algo vacío, instante en el que nada sucede y sin embargo la intuición dibuja con líneas de lo amado. Pero independientemente de su razón, hecha por la emoción y el sentimiento, la poesía comporta un pensar; hay en ella algo que puede ser llamado, en un sistema de transposiciones, una concepción de la vida y una interpretación del destino que pueden ser planteados en los términos de un pensamiento. Es una zona que está ligada al contenido lógico de las palabras, del cual no puede —por más que quiera aproximándolas a la música— deshacerse.

Al leer un poema sentimos y pensamos. Se piensa en poesía y se lo hace por la apropiación de las formas del mundo, sólo que esta apropiación, que es intelección, no es de origen racional sino emotivo, y no es propiamente histórica o condicionada por el carácter de la época, de la geografía o de la cultura, sino por un estadio puro del espíritu que regresa al punto de una mirada originaria, vuelta hacia algo anterior a la historia y gracias a lo cual lo más antiguo abre sus cauces en las cosas presentes.

Tampoco la poesía está hecha enteramente de las cosas visibles, sino más bien de aquello que no está, que no ha estado y que no estará, como una de las vías de la ensoñación. La palabra poética invoca, actualiza y presagia dentro de un círculo mágico en el que todas las edades se unen. Y dentro de aquello que no es, está lo que una vez fue, lo desaparecido y lo

perdido. Por esto en lo poético no se da la diferencia o la oposición sino la analogía, una vibración al unísono de momentos y seres, de sucesos y pasos, de miradas y actos en la interpretación profunda de la vida. El pensamiento también se da en las imágenes, y es el salto de un poema a lo universal.

En el pensamiento que hay en la poesía está incluido el sentimiento; hay una apropiación cordial de la materia racional del vivir, del fluir ancestral que ha llegado a crear los conceptos, estadio interior que deviene en términos intelectuales determinados por la sensibilidad. No es la misma reflexión filosófica, pero su medida irracional es más iluminadora que la filosofía de la vida, pues ésta deja de lado —a menos que poetice— las asociaciones que de distintas regiones de lo conceptual hace la poesía.

En la poesía hay una creencia y una idea que, con la mirada puesta en lo presente, vienen de algo interior a la existencia individual y van a algo que la sobrepasará, dentro de fórmulas que llegarían a llamarse mentales. Sabemos que la historia humana lo es más de la poetización o del mito, de la leyenda que del sólo conocer conceptual; la poesía parte del vacío, y el vacío no es un objeto exterior sino que hace nacer al pensamiento en cuanto a la percepción que de sí misma tiene la mente que piensa. Primero se percibe y luego se piensa, ya no como se reflexiona sino por una elevación y una transmutación. Se piensa en poesía dentro de las coordenadas de la metáfora, que identifica para unir en un punto luminoso lo que antes no tenía paradero fijo.

Pensar y poetizar se han planteado tradicionalmente como algo distinto, y es así como se separan la anécdota humana de la palpitación pura del espíritu. Ésta estará siempre unida a los

orígenes, y aquella estará siempre lanzada a un fin o a una utilidad. Pero el pensar poético nos instala en un absoluto, por encima de la deleznable peripecia del hombre.

Una de las primeras funciones de la poesía, después de iluminar al interior humano, es situar dentro de un sentido las líneas del azar y de lo circunstancial, en un dibujo afectivo más amplio, tras el cual se pone en movimiento la intuición para guiarse por las equívocas sendas del mundo. Intuir es ver, y esa mirada ciertamente puede trasvasarse a moldes lógicos, para fijar un norte a la acción. El vacío estará cargado de imágenes, como a las imágenes se allegan las razones. Pero, ¿últimamente, están tan distantes el pensar y el poetizar? Sí, porque el primero hace uso del lenguaje, en tanto que el segundo se define por ser el lenguaje mismo.

Capítulo 8

Llegamos a la lectura del poema. Con ella hay un segundo motivo, que puede enunciarse como las relaciones temporales de la poesía con la vida, una vida que no se da de modo abstracto, sino que es nuestra propia vida individual, física, temporal e inmediata. Mejor es decir que se trata de la comunicación de la poesía con la vida que vivimos, con nuestro existir concreto, o, si se quiere ya, la compañía cordial que la poesía brinda a los seres humanos en sus horas.

Tomamos un libro de versos y lo abrimos. En las páginas del libro miramos el poema, y al hacerlo nuestra disposición general ante la vida cambia, nuestra reacción interior ante las cosas, se convierte en algo impreciso, indefinible, casi desconocido. Es, de pronto y sin que nada medie, como una puerta que se abre y nos da acceso a nuestra alma, gracias a una sensación que es sólo de segundos o de instantes. Entonces leemos el poema desde lo más íntimo y subjetivo nuestro, y a medida que leemos, vamos como escribiendo los versos que leemos.

Sabemos que la poesía existe, como algo que finalmente no sabemos lo que es, sólo que al rozarla sabemos de nosotros. Y existen los poemas, los versos, que están delante de nuestros ojos, de nuestras manos y en nuestro recuerdo, al alcance del oído cuando alguien los recita... Sabemos que un poema nos lleva a la emoción, a un sentimiento que puede ser de algo o de nada. Es su presencia al lado nuestro, entre nuestros objetos y cosas cotidianas, en nuestros pensamientos y sueños.

Quien lee, oye o ve un poema no se pregunta qué es la poesía, sino siente de manera inmediata que algo distinto de las cosas del mundo ha tocado su ánimo, que algo llama a su espíritu o reclama a su alma, algo que ha venido de un lugar misterioso, como una claridad que resulta a la vez secreto y descubrimiento, pero, sobre todo, un instante excepcional signado por una luz extraña. Es la sola lectura de los versos, de una estrofa o de un poema breve, del fragmento de un poema que no es necesario terminar. Esa lectura, como se oye de súbito una lejana voz o un canto, ha tocado el corazón o ha incitado la imaginación.

Al leer un poema, por unos instantes se está lejos de la actualidad y del tejido de los oficios diarios, se tiene entrada a "otra cosa" y se la recibe en nuestra mente. Hay, pues, un distanciamiento de los objetos útiles, aún de los pensamientos que sólo interesan a lo que nos rodea, y una aproximación a nuestro respirar. Llegamos a una emoción particular en la que están incluidos los sentimientos todos o el sólo sentimiento, la sensación de ser nosotros mismos en algo como un detenerse del tiempo. Es un dejar de estar en algo inmediato para instalarse en algo ilímite. De manera inicial, anotemos que el suceso se produce por la conjunción entre el ritmo y las imágenes; al ir al verso, hemos arribado a una armonía y a una visión.

Ahora y así, lo que importa decir es que después de la lectura de un poema no se regresa al mundo en el mismo estado de ánimo en que se estaba antes, sino distinto, como iluminado y más sereno, estado que otorga una capacidad mayor de penetración de la realidad y de los sucesos que nos toman por asalto. Esto es después de leer el poema, pero queremos ahora acercarnos a lo que sucede *durante* la lectura del poema y en cercanía máxima a nuestro respirar.

Qué es lo que sucede en nuestro ánimo *en* y *durante* la lectura del poema concreto, pues la poesía no se halla ahora entre las cosas del mundo, a la manera de los objetos del conocimiento, sino que se ha incorporado al fluir de nuestra sangre y al palpitar de nuestro interior único. La lectura del poema nos lleva a un estadio profundo de nuestra acción y del sistema de nuestras emociones, que no es el mismo que empleamos en el comercio utilitario con lo extraño, sino indeterminado, impreciso y especialmente intenso. También de nuestra mente, que aquí se toca con lo inconsciente.

El pensamiento, después de haber llegado a la esfera de la emoción, entra en relación consigo mismo, como si se mirara o se pensara, en un cercado de silencio interior que se abre gracias a la armonía de la lengua poética. Este estadio es afectivo, sentimental, no de comprensión sino de relación amorosa, entrañable, de fusión, semejante al estado de acuidad anterior en el poeta a la creación del poema, y se produce al leve contacto con uno o dos versos.

Sólo que antes de la lectura del poema está el universo mismo de nuestros sentimientos. En realidad, es por ese universo que vamos como necesitados en busca del poema que nos llevará a la poesía. Por nuestros sentimientos es que leemos los versos, por nuestra emoción sola de la vida es que acudimos a la poesía. Y lo que hacemos en la lectura del poema es ver nuestro propio escenario afectivo, que encontramos expresado o plasmado por el poeta en sus versos, en sus imágenes y en sus palabras a las cuales, por cierto, amplían nuestra capacidad de imaginación.

Por azar o por un acto voluntario, una casualidad, una necesidad o una tarea, entre el mundo y nosotros por unos instantes

se ha interpuesto el poema. Ésta es la anécdota: sin saber de dónde viene, en un momento de ocio, en un viaje, en una conversación o entre otros objetos y sucesos llega hasta nuestras manos un poema, y en seguida tenemos conciencia de que se trata de un ser distinto, de la llegada de algo que reclama nuestro ser más auténtico.

De lo primero que nos damos cuenta es del blanco en torno a las palabras, luego de las palabras, a las que vemos en forma separada de la realidad, con un hálito propio, entre algo como una luz que las diferencia unas de otras, que las aísla y las hace únicas, precisamente por estar en combinación con la forma singular del poema. Luego entramos en esa combinación, que es de sonidos, de disposiciones de imágenes y de líneas melódicas, de ecos en los que el silencio habla también.

En el poema, las palabras se muestran como algo sagrado, misterioso y hondo, así sean las mismas que usamos en la conversación diaria, pero se trata de una hundura y de un misterio que es el mismo de nuestra alma. En cuanto al resultado de la lectura, la poesía, es cierto, no soluciona nada entre lo material, pero su instante crea en nuestro interior la disposición y el espíritu que generan las soluciones mágicas de la vida.

Las líneas melódicas del lenguaje poético van dibujando una armonía en nuestro espíritu, que va llenándose de presencias del sueño, y ese sueño es el sentimiento de nuestro propio ser. El blanco de la página en torno al poema es transladado a la mente, que es dejada en capacidad de hacer todas las asociaciones y las correspondencias. En éstas interviene la visión, que es un mirar hacia lo invisible. Eso invisible también está en nuestro cuerpo, el que va con el tiempo, y es el tiempo interior.

Leer un poema abre nuestra mente tanto a cosas distintas como a aspectos distintos de las cosas. El sentimiento, entonces, no viene en respuesta a algo interior concreto, sino de lo más impreciso y etéreo de nuestro propio ser, de una tensión que se da independientemente de la realidad inmediata del mundo: es como un sentimiento que se siente a sí mismo y se sabe sintiendo, por el cual lo que lo inmediato nos oculta sale a luz. Y este contacto del sentimiento con su vibración es uno de los primeros dones del poema.

Un poema está delante de nuestros ojos, e inicialmente no invita a leerlo sino a contemplarlo, a detener los ojos en las breves líneas rodeadas por la página blanca. Miramos y leemos la primera palabra, el primer verso, y ya estamos envueltos por una sucesión de ondas de encantamiento, por un hechizo que no es felicidad sino intensidad. Todos nuestros sentimientos han entrado en juego, y las figuras todas de la vida desfilan por un instante ante nuestros ojos. No es dicha sino profundización, pues el verso antes que alegrar crea un estado de melancolía en nuestro espíritu; recepción, visión, meditación o contemplación nuestra a solas con esa siempre bella figura en la página que hace la sucesión armónica de versos del poema en la página.

Se trata de un estado mental imprecisable, un estado de espíritu en el que éste se transfigura a sí mismo, al tiempo que se busca, dentro del cerco de los sentimientos más auténticos. Estamos, y ancestralmente, a solas con nosotros, pero llevados de la mano de algo otro que resulta también ser lo que somos. Entonces se abren la fantasía y la imaginación a los parajes más distantes del mundo. Pero un poema nace directamente de la vida de alguien, y al leerlo también sentimos la presencia del alma del poeta; nace de su interior o de su cora-

zón. Pero esa vida, en función de la poesía, alude a nuestra vida, la interpreta, la sigue y la explica, como en último término la expresa. Las palabras del poema se hacen nuestras palabras, y sus motivos objetivos se hacen nuestros motivos interiores.

Ese alguien que ha escrito el poema no nos cuenta lo que le está pasando, sino, al llevar sus cosas al lenguaje poético, hace que lo que él vive se vuelva parte, no de nuestra experiencia del mundo sino de la experiencia de nosotros mismos, por una revelación de la emoción pura de ser. Esto sucede porque la circunstancia íntima se ha vuelto intemporal, con lo que se crea el mito.

Y, al producirse la sensación de las palabras, no asume el lector el mensaje del poema como algo que viene de otro ser, sino como algo que nace en él mismo. El poema crea un estado de alma, pero también un estado de conciencia. Y lo crea gratuitamente, por el mismo mecanismo del juego, en un instante en que nuestro interior llega, por virtud de la experiencia poética, a su libertad máxima. Y con esa libertad, al regresar al mundo después de haber vivido el hechizo de los versos, encuentra el lector rasgos y expresiones ocultas en el rostro de ese mundo. Pero sobre todo, se ha vuelto distinta, más intensa, verdadera y auténtica su manera de estar en él. Si no adquiere el mundo otra luz, sí adquirimos otros ojos.

Y si, al leer el poema nos hallamos lejos del tráfico del mundo, se trata sólo de la superficie, ya que somos instalados por un movimiento puro de la emoción y de la sensibilidad en las profundidades. El lector de otros asuntos es como el nadador que únicamente flota sobre el agua, y el lector de poesía como el que se sumerge y mira al fondo. Entonces la poesía nos

lleva a tocar el misterio de lo real, en el cual nuestro destino está incluido.

Nuestra propia conciencia forma también parte de lo objetivo, de lo que llamamos realidad, e igualmente a sus capas profundas, a la inconsciencia, nos conduce el poema, durante los instantes excepcionales de su lectura, descubriéndonos aquello que nos hace en forma más auténtica y libre. Las palabras del poema crean un estado de alma que hace de nosotros mismos un objeto, al que hay que revelar e interpretar. Nos hace ser aquello que en la vida inmediata no somos, porque estamos avocados a los eventos exteriores, que nos demandan alguna función. Crean una emoción que es la que finalmente tiene que otorgar forma a nuestros días.

En un poema, por sencillo que sea, están presentes todas las figuras y caminos de la vida, comenzando por lo ausente, y son también caminos interiores que puede tomar nuestro ser ante ella. Una imagen en el verso es a la vez encuentro con lo tangible y con lo inmaterial, con lo físico y con lo espiritual, con lo sentimental y lo mental, finalmente con los lazos que atan y ponen en comunicación a las distintas zonas de lo real. Entramos aquí en contacto con la cifra de las leyes que gobiernan sucesos y destino, un contacto fugaz y excepcional, producido gracias a la emoción que han puesto en movimiento las palabras del verso.

Al leer un poema no entramos en el reino de las significaciones sino en el de las uniones secretas de los seres, en el recinto de lo inexplicable, por cuya virtud intuimos de manera súbita los hilos que hacen posible la trayectoria de las presencias en el firmamento todo de la vida, un instante espiritual que no se alcanza por ninguna otra de las creaciones humanas. El len-

guaje del poema es un espejo en el cual nos miramos y un cristal a través del cual miramos. Es la poesía en la figura de las voces antiguas. En el instante de leer el poema el mundo adquiere otros rasgos, que de alguna manera o en alguna medida han de tomarse como lo que puede ser su verdad. Verdad interior y palabra poética son una misma cosa; así, la poesía lleva a lo auténtico o cierto como palpitación, tanto de los seres como de la comunicación de esos seres entre sí y con la vida misma.

Por un poema llegamos a preguntarnos, no qué sea ya la poesía, sino qué hay secretamente en lo que vive, cuál es su última condición, su intimidad y su sueño. Éstos están determinados, para el lector, por la relación con su propio sentimiento, en el instante mismo en que ve y lee los versos, cuando se apropia del misterio del mundo en un acto poético. Así, la poesía llega a ser el mismo espíritu, devela lo espiritual puro o lo mental hecho concreto por las figuras del lenguaje y de la imaginación, un espíritu que al crearse crea su destino.

Mientras dura la lectura del poema, cerramos las puertas a todo lo que no haga parte de nuestro propio ser. Nos sumimos en un sentimiento que se sabe y contempla, que conoce y descubre, en una percepción especial, gracias a esa zona también especial de la realidad que es lo poético. Entonces oímos que las cosas hablan, y habla con nuestra voz, o si se quiere, que las cosas nos miran con nuestros propios ojos. Paradójicamente, si con la poesía llegamos a ser nosotros mismos, también nos convertimos en algo que es absolutamente otro, uniéndose así todas las zonas de la vida por unos lazos mágicos.

Y no comenzamos a leer un poema como se hace con alguna otra página. Al abrir el libro o la publicación de versos, leemos en mitad de las líneas, leemos el final y podemos dejarlo. Quedan la estampa y la resonancia de esos versos para llevarnos a las redes invisibles de la emoción. La lectura puede ser corta o breve, episódica, meditada o de unos segundos, pero éstos se convierten en ilímites en el tiempo interior, tiempo que no está hecho de una sucesión ni del paso de unos contenidos racionales, sino de intensidad emotiva. Es una intensidad lo que nos da el verso aislado que leemos.

Como cuando cae una piedra en un lago se hace una sucesión de ondas, dejamos la lectura, y no seguimos en lo que hemos leído, sino que eso leído sigue en nuestro interior, creando una silenciosa y misteriosa relación de sensaciones, de percepciones únicas, de vacíos y plenitudes, de sensaciones y visiones de la existencia depositada en nuestro ser. Por el poema y su lectura sabemos de la poesía, aunque no es ella lo que nos interesa en ese instante sino la vida actual, trasladada a lo poético. Pero sabemos de inmediato que la poesía acompaña a la vida, que al estar al lado del poema estamos junto a una figura iluminada.

Salta entonces a un primer plano la existencia de la poesía como dimensión mágica del espíritu, del mundo y de la trascendencia, de la cual participamos pero que también hemos creado en el acto e instante de la lectura del poema. Sabemos que el poema fue escrito por alguien que conocía la existencia de la poesía, algo indefinible que hace parte de nuestro más profundo ser con la urgencia de vivir de otra manera. El poema está aquí gracias a que la poesía está allí, y nuestro sentimiento se revela a sí mismo gracias a su gravitación. Es la poesía viva, en el poema que vive con nosotros.

Capítulo 9

Como la vida, la poesía es misteriosa y mágica. Y con la poesía las palabras, que, ya se dijo, nacieron como unión entre la tierra y el Cielo. Con las palabras, es misterioso y secreto nuestro sueño. Al estar al lado de la poesía, estamos al lado de lo que pueda ser nuestra vida, descifrándola, y de nuestro más profundo ser. Estamos con las cosas que somos, y no ya con aquellas que no somos, y así con dos de los instantes más altos de lo nuestro: la libertad interior y lo maravilloso. Estamos con nuestros sentimientos, con nuestra frágil anécdota, que hacen la experiencia poética que lleva hacia el poema.

Presentamos a la poesía como el poema: un conjunto de palabras en una organización verbal que llamamos el verso. El verso es un estrato de sonido, una música, una organización rítmica de palabras, si es que la poesía surge en la conciencia conducida por un ritmo interior, una cadena sonora que es inseparable de la imagen. Pero las palabras significan, dicen cosas. Entonces los versos tienen un significado, son lo que dijo el poeta y la manera como lo dijo. El poema final es lo que plasmó, pero sobre todo *hizo* el poeta. Las palabras del verso dicen lo poético, que es también traducción del sentimiento.

Y el sentimiento se hace visión. El verso es intuición, e intuir es ver. Así apuntamos lo que canta y dice el poeta tiene otro camino: las imágenes. Con la palabra poética está la imagen, que es pintar con palabras. Por ejemplo: evocamos las huellas de un pájaro en la arena de la playa, y decimos en verso: "La mujer que amo tiene la gracia de las huellas de un pájaro en la arena". Pero esto lo dice el poeta con un sentimiento peculiar, que es anterior a las palabras y a la imagen, que es sólo ritmo

interior vacío. Finalmente, un conjunto de versos en cuyo interior hay lo que hemos dicho, es el poema.

Y los poetas en sus poemas dicen lo que nosotros quisiéramos decir, a la vez que nos enseñan a decir, esto es a hacer poemas. Hay que leer y releer poemas, aprenderlos de memoria, saber lo que dicen o revelan, lo que despiertan en nosotros, así como hay que tener sentimientos e ideas para llegar a hacer poemas.

En un poema hablamos de manera distinta o como lo hacemos en la comunicación diaria, o en nuestro intercambio con momentos objetivos del mundo. Y el poema es un ser que se mueve en todas direcciones, lo ilumina todo, llama e invoca a todo, pero sobre toda otra cosa, es un ser que es lo que nosotros mismos somos. La poesía es expresión, no comunicación, de lo más íntimo nuestro, de nuestra imaginación así como de nuestra más auténtica visión o versión de la vida. Luego, en un segundo paso, ella entra en comunicación con el otro, o despierta en el lector un sentimiento equivalente al del poeta. Es expresión de lo más interior nuestro, pero también es ponernos en contacto con lo más trascendente. Cuando estamos en el interior de un poema, leyéndolo, haciéndolo o recordándolo, estamos en nosotros y en el Todo al mismo tiempo.

Todo poema es suceso interior y, con el sentimiento, la poesía es también imaginación y fantasía. Más profundamente es nuestra emoción, línea espiritual de tensión independiente en principio del contacto con las cosas inmediatas. La emoción es anterior al poema: es nuestros sueños y nuestro ideal, nuestra imagen verdadera del mundo, atmósfera de la relación que ese mundo tiene con nosotros, o de la que con él hemos podido llegar a tener. Vivimos, primero, para hacer poesía, y con la

poesía, con el poema escrito ya, devolvemos lo esencial de nuestra vida a la vida. ¿Pero es posible hablar de la poesía? En una situación original, el poeta escribe un poema y nos lo entrega. Sentimos algo al leer ese poema, pero no podemos pedirle a otro que sienta lo que hemos sentido —como sí podemos pedirle que piense lo que hemos pensado—, sino entregarle el poema para que a su vez ese alguien sienta algo únicamente suyo. El punto de partida fue una emoción del poeta anterior al poema, pero tampoco el poeta pide que con la lectura del poema nos apropiemos de su sentimiento.

Estamos junto a la poesía por el poema que está en nuestras manos. Y volvemos a preguntarnos: ¿cómo hay que estar junto a la poesía para llegar a escribirla algún día, para saber qué hay dentro de ella, para saber qué sucede al escribirla? El único hecho comprobable por la física es la existencia de los versos en la página, ese negro sobre blanco al que nos es dado ir gracias a la luz, y si no lo miramos, seguir gracias a los sonidos, y que a su vez produce dentro de nosotros otra luz y otra armonía. Lo que está delante de nosotros es el lenguaje a la vez oscuro y transparente, trascendente y cifrado de cinco o seis versos; está la sucesión de palabras de esos versos y sabemos que ella es una de las más altas producciones humanas, que viene desde el principio de los tiempos y que nació en forma de canción. Los hombres un día entonaron un canto que era a la vez laudes y saudade.

Pero la poesía, como los poemas y como los poetas, no se presenta o vive de una sola forma: es de muchas maneras, vive de muchos modos y transita por muchos caminos; el paso de un poema a otro poema es el paso de uno a otro viaje, en el cual también se cambia de viajero, y viaje que puede hacerse hacia puntos opuestos. Cada verso, cada poema, cada palabra, cada acorde entre las palabras es un pequeño cosmos. La poesía vive en los poemas y los poemas iluminan la vida como una llama en la oscuridad. Por esto se ha dicho que el poeta es el portador del fuego de los dioses, pero no hay que ir tan lejos, sino sólo decir que lleva entre sus manos una débil luz que ilumina el sendero, que nos ayuda a comprender la vida y acompaña a la vida.

Vendría aquí la experiencia poética, que lleva a una forma peculiar de intensidad en la que se unen los sentidos y el espíritu, las sensaciones y el aliento, en el paisaje tanto de una idea como de una anécdota de la vida, de un instante y de una instancia, cercados por una transparencia que no identificamos con ninguna otra forma de contacto con el mundo. Es experiencia en movimientos dobles de un afuera que se hace interior, y de lo interior que va hacia un afuera; se entra en otro estado en el que no está ninguno de los actos que nos ataba a la superficie de la realidad, para hallar el propio rostro entre las cosas. Es ella, con la experiencia de lo trascendente, la que carga de contenidos profundos a la vida, la tensa como un arco cuya flecha apunta a lo infinito.

Alguien hace un poema y es poeta; el poeta escribe unos versos y ha hecho un poema. Tenemos que volver a recorrer el camino que va del aire a la mente, de la mente a la mano y de la mano al trazo en el papel. En ese trazo van dibujándose poco a poco los versos, que unas veces salen o nacen bien, definitivos, y otras hay que cambiar y corregir, modificar y hacer de nuevo, hasta que el poema, ya no el poeta, diga lo que tenía que decir. Entonces el poeta lo mira y se sorprende, porque ese poema, ya no sus sentimientos, le indicará el camino para hacer otro poema. Un poema plantado en la maceta de la poesía pide otro poema, y ese otro habla del contenido del primero; así es como va formándose la Obra poética.

El poeta escribe, crea y hace el poema, hace aparecer como por arte de magia un ramillete de palabras que antes no estaba: ¿Qué es un poema, qué dice un poema y cómo, pues, se hace un poema? Aproximémonos brevemente, y como ejercicio, a la última pregunta. En un instante, y sin explicación, en la mente del poeta aparece la imagen de la lluvia; entonces compone un breve poema, cuando la imagen y la música se unen al pensamiento, de tres versos, que dice:

Sueño,
Mientras oigo llover,
Y comparo mi vida a una gota de agua.

La aparición de la imagen y la redacción de los tres versos son casi simultáneas, pero lo importante es que cuando se producen los dos hechos no está lloviendo. Es un recuerdo, más que de la lluvia, de la sensación de la lluvia. El último verso, producto del instante mismo, es un pensamiento asociado a la imagen y a la sensación. Lo que el poeta ha escrito puede ser ya un poema en sí mismo, o el germen de un poema más largo. Pero el poemita, tal como está, ha sido escrito en una asociación repentina.

¿Pero por qué escribió el poeta su poema? Por una razón sobre otras: sabe de la poesía y ha conocido antes muchos otros poemas. La fórmula de los versos existe en su mente antes de la aparición de la imagen, y esa imagen toma en su mente la forma de los versos. También hubo antes una armonía interior, algo como un acorde prerracional e íntimo. Es así, no sólo como se escribe un poema, sino como se hace un poeta. Un poeta debe conocer las formas de la poesía pues ella es un arte de las palabras que tiene una historia y un modo de ser. También, sin ser poeta, un lector sabe lo que es un poema.

Se trata de saber construir bellos poemas, para lo cual, en principio, son necesarias cinco condiciones: 1ª Sentido musical; 2ª Sentido del lenguaje; 3ª Ejercicio de la imaginación; 4ª Conciencia de los propios sentimientos, y 5ª Relación con la vida y con el mundo determinada por la sensibilidad. Estos cinco puntos pueden tener variantes; son objeto de conocimiento y de aplicación, de experimentación que ayuda a crear un temperamento poético, que no es solamente el del que siente, sino del que está en disposición y búsqueda de describir un poema, que puede ser sencillo o complicado, claro o hermético, según el duelo del poeta.

La poesía está en la mente del poeta, porque en ella están las palabras del poema. Se trata de algo muy semejante a un juego, algo que esencialmente tiene el principio del juego. Y en cuanto a los poemas, los hay, inicialmente de dos tipos: a) los que se escriben en las formas tradicionales, y b) los que se escriben en forma libre. Los primeros son clásicos y los segundos son modernos o contemporáneos. Y nos podemos reunir en torno a la poesía y a nuestro anhelo de hacer los poemas con las nociones, instrumentos e intuiciones básicas que sobre ellos existen. Debe encontrar el motivo y la forma de su verso; el primero es seleccionado por la emoción, y la segunda se distribuye en tres estratos del ritmo: 1. Ritmo de las cosas; 2. Ritmo de la respiración y 3. Ritmo de las palabras. Y nos reuniremos en torno a los poemas con sus variantes en los temas, las palabras, la prosodia y los temples de ánimo, situándose todo en el terreno del *hacer.*

Alguien, el poeta, tiene en su mente la idea de un poema. Y son tres términos: a) un estado interior de acuidad, b) la necesidad del poema y c) el conocimiento del poema. Por el primero siente que algo suyo debe llegar hasta el papel en blanco;

por la segunda le es preciso entregar algo de lo que lo une a los otros y a lo otro, y por el tercero tiene que saber de una materia objetiva: la lengua y la figura del poema. Porque, independientemente del deseo, la urgencia y la voluntad, el poema es un objeto de palabras que es necesario hacer, saber hacer y poder hacer. En este *hacer* están la facultad y la cualidad artísticas.

La poesía es el poema. Hemos leído poemas, hemos visto poemas que datan de los tiempos antiguos y así, al estar en contacto con un verso, al hacerlo estamos en el interior de una red desde la cual miramos y somos lo mirado. Tiene el poeta ante sí los cuatro puntos cardinales de la poesía: el propio yo lírico, el lenguaje, la experiencia poética y el poema. Ese yo del poeta no es el de la persona privada, que cumple una peripecia en el mundo, sino el producto de una tensión interior, lanzada a la imaginación y a la transfiguración.

Capítulo 10

Lo poético se hace en la visión. La poesía es la misma alma del hombre, que está hecha a la vez de armonía y disidencia con el mundo. Si en el lenguaje del poema los sentimientos alcanzan la dimensión del Ser y de la sacralidad, en la emoción o noción de la poesía consigue el hombre la medida de lo que profundamente él pueda ser, de cara a lo infinito, a lo ilímite, a lo eterno y a lo que pueda llamarse Absoluto.

La poesía es las palabras, sólo que pronunciadas en nombre del destino de todo cuanto vive, con su origen y fin, y que es lo que se hace patente gracias a una existencia auténtica, por lo que la poesía es libertad. Verdad y libertad aluden no a la razón del mundo sino a la de nuestra alma.

A la pregunta por la poesía se responde con la existencia del poema, una configuración verbal que es virtualidad pura. Y a la pregunta por el poema y lo poético se responde con la poesía como presencia del misterio en la emoción humana, como medida de una cotidianidad que siendo lo que es busca siempre lo otro, en entrega, en ofrecimiento y en su natural impulso a trascender.

Poesía es actualidad y leyenda en cuanto a que a los seres siempre les está deparado otro destino o un destino más alto, un deseo que no se cumple en el mundo sino en su interior, y es ritual y conjuro por la peculiar dimensión que ganan los actos cotidianos en la instancia mágica que lleva a la poetización. Y es la poesía eternidad de aquel que la pronuncia y la consigna en el papel en blanco, como es trascenden-

cia, elevación, de quien la invoca y la nombra en silencio, en la caída o en el concierto de las vidas que alientan a su lado.

Y la experiencia poética es de una esencia que reclama en nosotros una verdad, un ser y actuar ante la vida en libertad interior y en percepción de lo invisible, de nuestros actos más próximos como de algo más vasto. Entonces nos consuela de las heridas que lo real nos trae, del vencimiento a que lo otro nos lleva y del vacío que el existir implica. Esa experiencia, por el poema, es de nuestro alentar, en busca de la senda hacia un sentido o hacia una sabiduría profunda de la vida, que ha de mostrarse en lo más inmediato, en el oficio arduo y simple de vivir.

Finalmente, la poesía es iluminación e iniciación. Han sido creadas las palabras por el espíritu en la necesidad de conocerse, saberse y decirse a sí mismo, de dar forma a su ser como da forma el recipiente al agua cristalina. Es también cuando la razón entrega sus utensilios a la intuición, a la visión y a la entonación, instante en el cual el pensamiento es transmutado por el sentimiento y la emoción, las voces de los ecos y las voces que dicen lo inaudible. Y esa forma es no sólo su verdad sino revelación de otra verdad sagrada y última. De ésta salta, por gracia de la transfiguración o del milagro, a lo que es absoluto, como por gracia de ese absoluto de la poesía sentido, signo, senda y cifra a nuestros actos de cada día en el juego infinito de lo humano.

Tenemos una relación con lo antiguo, o en un giro célebre: al ser hombres modernos nos descubrimos como profundamente antiguos. Esa antigüedad tiene que ver con los orígenes y con lo espiritual, con la poesía, es decir con el mito y la leyenda. Y con lo antiguo están las purificaciones. Está el viaje interior,

hacia la creación poética, la meditación y la contemplación, en contacto con las fuerzas secretas de la vida, que la preservan, con sus zonas sagradas, que deben conducirla.

Ante el absurdo y la derrota preguntamos por el sentido de nuestra acción y de nuestra presencia entre los seres, por el favor y la conciencia. Más profundamente preguntamos por nuestro propio ser cuando estamos cerca del final, y es allí donde han de revelarse los lazos que nos unen a lo antiguo. En éste existe el sufrimiento, pero también existe el signo de la naturaleza, que está dentro de lo cósmico como nuestra alma está dentro de la divinidad.

Esa alma está a solas con la vida y puede pocas cosas, como expresarse poéticamente, hacer de sí misma ese ritual que hizo a los seres, en la invocación de una instancia más alta. También nuestra alma al saberse a sí misma se reconoce como fracción de un tejido más amplio. En ese tejido, con la poesía, están las leyes del inicio del mundo, su esencia, sus razones y causa, lo que nos lleva a un pensamiento y a una nostalgia, o a una visión y a una quimera. La poesía existe porque el ser del hombre es al tiempo nostálgico y visionario, vive más de las ausencias que de las presencias, más de lo que no es que de lo que es, más de lo que no está que de lo que está delante de los ojos y pide una conciencia profunda de los actos. El sentimiento que sobreviene es algo así como el de las hojas de una enredadera, que estando separadas hacen parte de una misma savia.

Estamos en la vida y preguntamos no por lo que la vida sea sino por nuestra propia vida; ante ella se alzan la leyenda y las oscuras figuras del pasado que obedecían a un sino. Pero ellas alientan en el menor de nuestros actos, que a su vez contienen

toda nuestra existencia. Tal vez en la peregrinación por el mundo miremos más a lo pasado que a lo porvenir, pues de eso pasado están hechas las formas del espíritu. También vivimos en lo poético y en la sacralidad, por lo que el menor de nuestros actos ha de tener un eco en regiones distantes y distintas de la vida. Es el sistema de las correspondencias, en el que todo se une a todo, todo viene de todo y va hacia todo.

El origen habita en lo presente, y es por ello que hemos de volvernos a lo antiguo, para explicarnos y acceder a un sentido; la vida es sus formas, su diseño visible, trazado por una mano invisible. Pero de lo que llega a nuestros sentidos vamos a lo que es únicamente espíritu, donde se hace nuestro yo, donde se dan el sueño y el deseo, los hilos que nos unen a los otros y a la cifra del día, entre el misterio y la necesidad. Somos antiguos como somos sólo este presente, pero que hunde sus raíces en otra realidad, un palpitar que se hace de leyes inasibles y ancestrales. Y nos volvemos con nostalgia hacia todo lo ausente, tanto en la conciencia de ser como en la espera, en el de hallarnos suspendidos en el paso del tiempo que nos lleva al final. En la zozobra de las cosas del mundo retornamos a lo poético, vamos a lo espiritual y a algo esencial que está a nuestra mirada y en el ritmo de nuestra respiración.

También lo antiguo es un encuentro. Es el misterio, el secreto o la cifra de lo que hay y de lo que está detrás de la existencia aparente del mundo, y en cuya certeza nos sería posible alcanzar una suerte de paz, que será la del sentimiento de nuestro ser profundo. Entonces vamos al día y a los días, a los oficios de vivir y de morir, de estar y resistir, soportar noblemente y, en el sufrimiento, entablar un diálogo con lo que nos rodea. Más que lanzados al futuro, parecemos vivir atados a lo que ha sucedido, entre la culpa y la expiación de las que nos rescatan la leyenda y el poetizar.